

TRADICIÓN JACOBEO

Capítulo I La nave de piedra

Cuando se llega a Santiago de Compostela con **ESPÍRITU DE PEREGRINO** y se visita el sepulcro del Apóstol, cabe preguntarse si serán de verdad sus restos los que allí reposan como expresión más objetiva de una inquietud más amplia: que grado de credibilidad encierra la Tradición Jacobea. Al leer las leyendas tal como cuentan las guías de la ciudad, la duda es inevitable: "el cuerpo de Santiago llegó a Galicia en una barca de piedra que flotaba sobre las aguas, en la que reposaba el cuerpo decapitado junto a su cabeza, atravesando por mediación de fuerzas divinas, las aguas mediterráneas y atlánticas que separaban Palestina de Galicia".

Desde la lógica el planteamiento parece absurdo. Pero... ¿Entonces, la colosal catedral y su glorioso pórtico, el fenómeno de peregrinación durante siglos y el culto masivo a Santiago, es solo el fruto de una tradición apoyada en una leyenda tal vez inspirada en la buena fe, el error, el oportunismo, la fantasía, el fanatismo o la mentira?. Esta contradicción hace necesario buscar un equilibrio entre la creencia y el conocimiento.

Frente a la tradición jacobea caben **DOS POSTURAS** básicas: aceptarla o rechazarla. Cualquiera de las dos es imposible asumir con plena certeza y se adopta una u otra según la disposición previa de cada uno. Algunos parten considerando inviable la leyenda, esgrimen todo su esfuerzo en demostrar su falsedad y explican como surge el fenómeno del culto a Santiago. Otros la defienden con argumentos documentales o arqueológicos que juzgan decisivos. En tradiciones tan antiguas, adoptar una actitud doctamente destructiva es tan arriesgada como asegurar que es auténtica. Todo mito surge de un núcleo de verdad de raíz popular y un entorno de inventiva e incluso falsedad, por lo que cada uno encontrará lo que quiere encontrar, y para unos será fehacientemente cierto lo que para otros será argumentadamente falso. En ambos casos falta casi siempre una visión panorámica que permita una comprensión más objetiva. También este análisis opta por una de las opciones, pero proporcionando una visión de conjunto que permite al lector construir sus propios esquemas.

¿Es posible que una **NAVE DE PIEDRA** logre semejante travesía?. ¿Es posible si quiera que flote?. Cabe decir que la tradición, transmitida durante siglos, introduce elementos que magnifican y deforman la leyenda. Hay que ver lo que puede ser veraz o verosímil, extraer los elementos de valor mitológico a lo largo de su transmisión por la historia y las sucesivas culturas. Haciéndolo así quizás encontremos el verdadero fondo de la tradición. Veámoslo en esta increíble barca de piedra y su sobrenatural trayecto.

Los etnólogos ven que la tradición de la barca de piedra existe en otros lugares del litoral Atlántico (Bretaña, Gales, Cornualles). Parece que estamos ante un mito celta, cuyo símbolo parece tomado por la tradición jacobea. Sea así o no, esto ni ayuda ni contraría a la Tradición Jacobea. La barca de piedra no es sino un sarcófago o un arca. En la antigüedad, el culto a los santos lograba un alto arraigo local, sobre sus sepulturas o donde predicaron. Para "repatriar" un cuerpo, había que exhumar el sarcófago y enviarlo a su origen. Esto sería quizás inusual, pero no excepcional, y el traslado de restos y reliquias, adquirió gran desarrollo. ¿Cómo se hacía el traslado?. Ni los caminos ni los vehículos estaban adaptados a ello, y las vías terrestres eran escasas y concebidas con fines administrativos y militares. Las vías marítimas y fluviales, desarrolladas ya entonces por el comercio, eran el modo más apto. Los sarcófagos eran bien aceptados en las bodegas de los barcos para remplazar el lastre necesario para la navegación. El desembarco del sarcófago en su destino en una balsa sumergida por el peso, parecería una pequeña nave de piedra flotando. Desde un estuario o ría, el arrastre fluvial con pértigas, desde la balsa o la orilla, permitía remontar los ríos hasta el lugar oportuno. Situados estos elementos en algún paraje gallego, entre brumas que añadan una carga de misterio, tenemos construida la leyenda con todos sus componentes. De modo que el supuesto absurdo de la barca de piedra flotando y navegando sobre las aguas, no tiene que ser necesariamente un mito, sino que puede responder a un hecho real comprensible e incluso necesario en la época.

Aún cabe otra explicación, que no excluye la anterior. El barco de piedra o "barca da pedra" podría ser alusivo a uno de los barcos del comercio "da pedra", es decir, del mineral. Galicia estaba en la ruta comercial del estaño, y era además productor del mismo, y en el valle del Sil, en tierras de Orense y en

el Bierzo, hay evidencias de explotaciones auríferas romanas, minerales que serían luego transportados por vía marítima.

Sin demostrar nada, encontramos que uno de los puntos más débiles de la leyenda, puede responder a distintas explicaciones y que por tanto la leyenda no es por sí misma rechazable.

¿Y la **TRAVESÍA**? ¿Era posible?. ¿Intervinieron fuerzas sobrenaturales?. El trayecto era no solo posible sino plenamente dominado en la época. Los fenicios, limítrofes a Palestina, muchos siglos antes de Cristo, dominaron el comercio marítimo mediterráneo, fundaron Gadir (Cádiz) en el XI a C. Hicieron incursiones en el Atlántico hasta Galicia, dejando restos arqueológicos en la confluencia del Sar y del Ulla. De modo que ya antes de Cristo el traslado de un sarcófago desde tierras palestinas por el Mediterráneo hasta Galicia, era plenamente factible. Lo sobrenatural parece más bien un añadido magnificador.

Después los romanos hacen suyo el Mediterráneo (Mare Nostrum) y lo transitan de uno a otro punto del Imperio. Dominaron el tránsito hasta Galicia y en sus rías fundaron, a veces sobre antiguos castros, ciudades como Brigantium (La Coruña), e Iria Flavia (Padrón) entre otras. Alcanzaron Britannia que añadieron al Imperio, consolidando la ruta marítima del estaño, obtenido en Cornualles, islas Sorlingas y Galicia. Los Hechos de los Apóstoles recogen algunas narraciones en que es inequívoco que los viajes marítimos eran comunes y necesarios en la época (Hech 20¹³⁻¹⁶, 21¹⁻⁷, 27¹⁻⁴⁴, 28¹⁻¹⁴). El edicto de Diocleciano, emperador del 284 a 305, indicaba que el trayecto medio para llegar a Lusitania vía marítima era de unos 20 días, lo que demuestra su dominio por una experiencia muy antigua.

Para ver si un trayecto así pudo hacerse, hay que valorar además las **CIRCUNSTANCIAS IMPULSORAS** en el origen y el destino. De Santiago el Mayor, hijo de Zebedeo, hermano de Juan Evangelista, sabemos muy poco a través del Nuevo Testamento, pero lo suficiente para hacer valiosas reflexiones. A él y a su hermano, Jesús les apodó Boanerges (Mc 3¹⁷) o hijos del trueno, probablemente por su firmeza de espíritu. Simón y su hermano Andrés, y Santiago y su hermano Juan fueron los primeros reclutados por Jesús (Mt 4¹⁸⁻²², Mc 1¹⁶⁻²⁰, Lc 5¹⁻¹¹), y son Santiago y Juan los que fueron llamados mientras reparaban las redes con su padre junto al lago de Genesaret. Santiago es de los discípulos selectos que presencian algunos pasajes especiales como la resurrección de la hija de Jairo (Mc 5³⁷, Lc 8⁵¹), la Transfiguración en el Monte Tabor (Mt 17¹⁻², Mc 5²⁻³, Lc 9²⁸⁻²⁹), y la oración en Getsemaní (Mt 26³⁶⁻³⁷, Mc 14³²⁻³³). Su madre pidió a Jesús que reservara un puesto a su derecha y a su izquierda para cada uno de sus hijos (Mt 20²⁰⁻²⁸, Mc 10³⁵⁻⁴⁵). Aparte de esta pasión de madre, Santiago y Juan supieron ganarse un sitio especial en el corazón de su Maestro.

Sobre su muerte solo sabemos lo poco que se cuenta en los Hechos de los Apóstoles (Hech 12¹⁻³): *"Por aquel tiempo, el rey Herodes inició una persecución contra algunos miembros de la Iglesia. Mandó ejecutar a Santiago, hermano de Juan, por la espada. Viendo que esto era grato a los judíos, llegó también a prender a Pedro"*. No hay duda de que este Santiago hermano de Juan, es Santiago hijo de Zebedeo, o Santiago el Mayor. Su muerte se fecha en el año 44, unos 14 años después de la Pasión de Cristo. Nada se dice de su sepultura. Esta falta de datos es llamativa siendo uno de los doce. Del diácono Esteban se da plena información de su labor, su arresto, su discurso, su muerte y su sepultura (Hech 6³⁻¹⁵, 7¹⁻⁶⁰, 8¹⁻²). ¿No merecía Santiago mención significada de su labor, su muerte y su sepultura?. Este es un contrasentido tal, que de él pueden desprenderse algunas reflexiones. Si no se menciona nada sobre su labor pudo ser muy bien a que fuera poco conocida o quizá mal vista entre los críticos por su entrega a los gentiles, bien por un Santiago recién retornado a Jerusalén sin apenas tiempo para relatar sus logros quizás aún incipientes, o tal vez por diferencias existen entre los Apóstoles que debieron llegar a ser en ocasiones fuertes y muy encontradas como vemos en algún pasaje de los Hechos (Hech 15^{2 y 39}). Concretamente Santiago y Juan despertaron indignación entre los apóstoles (Mt 20²⁴, Mc 10⁴¹) por su deseo de liderazgo, y es factible que siguieran caminos diferentes del resto de apóstoles, acorde con que Santiago optara por una misión distante, y que Juan redactara unos Evangelios particulares. Parece lógico que Santiago buscara una labor distante, anónima, humilde, acorde a la enseñanza de su Maestro: *"El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea esclavo de todos"* (Mt 20²⁶⁻²⁷, Mc 10⁴³⁻⁴⁴), que Santiago y Juan recibieron muy directamente, pues fue su petición de liderazgo lo que las provocaron.

La labor de Santiago debió ser muy distinta a la de Pablo, incorporado al cristianismo de forma épica y apasionada, siendo su conversión relatada tres veces en los Hechos (Hech 9¹⁻³⁰, 22⁴⁻¹⁶, 26⁹⁻¹⁸), y su labor

y sus viajes ocupan tres cuartas partes de los Hechos. La conversión de Pablo se data en el año 34, es decir, que la contemporaneidad entre Pablo y Santiago fue de unos 10 años. La incorporación de Pablo al cristianismo viene a marcar dos maneras bien distintas de hacer las cosas dentro de la Iglesia. Una la representan los apóstoles llamados directamente por Cristo, de quien "aprendieron" la forma de predicar, limpiar las almas y curar a los enfermos, siendo enviados de dos en dos (Mt 10¹⁻¹⁵, Mc 6⁶⁻¹³, Lc 9¹⁻⁶) a modo de preparación en la labor evangelizadora, con unos principios ascéticos y una labor más apoyada en la fuerza de los hechos y de los gestos que en la palabra erudita y convincente, al más puro estilo apostólico primitivo, sin protagonismo ni grandilocuencia, sin intereses históricos, sino con entrega anónima cuyo objetivo básico es el de extender la semilla con una confianza plena en la Providencia Divina. La otra actitud, representada por Pablo y sus discípulos, añade a la labor evangelizadora la inquietud por unificar criterios que sienten las bases de una Iglesia uniforme. Recurre a la palabra erudita para marcar pautas morales y éticas que conexas las nacientes comunidades cristianas. Es ésta en suma una actitud que busca la extensión evangelizadora mediante la fuerza de la palabra, que para no ser malinterpretada ni olvidada, busca también su expresión escrita, para el fortalecimiento de las comunidades en la fe.

Esto explica que haya amplia información escrita de la segunda actitud y tan escasa de la primera. Pablo fue un hombre enérgico, valiente, exigente, con criterio propio, con gran actividad viajera evangelizadora y unificadora. Tuvo divergencias con otras iniciativas que le llevaron a separarse de compañeros de viaje, como Bernabé (Hech 15³⁹). Pablo aparece inicialmente sujeto a la Iglesia de Jerusalén (Hech 15²²) hasta su divergencia en que toma iniciativas por su parte (Hech 15⁴⁰). Santiago, primer Apóstol desaparecido y del que inexplicablemente tan poco se cuenta, encaja mejor en la línea apostólica primitiva, de labor humilde y anónima, encajando bien con la que dibuja la Tradición del Apóstol Iago que predicó en tierras de Gallaecia. Sintonizan así la más primitiva tradición apostólica y la tradición popular gallega, ambas labradas más en la tradición oral que en la escrita.

Otras razones de la poca información de la muerte de Santiago y su sepultura son que el cuerpo de los mártires cristianos, especialmente los líderes, corría el riesgo de ser profanado o robado por fanáticos de uno u otro signo. O tal vez, siendo el cuerpo arrojado de la ciudad para ser devorado por fieras alimañas, y dado el culto de enterramiento de los judíos a sus muertos, es lógico pensar que los discípulos del Apóstol tomaran su cuerpo y huyeran de Palestina, vía marítima, desde Joppe, el puerto más próximo a Jerusalén, en una nave con dirección clandestina, para proteger el cuerpo de Santiago y llevarlo allí donde pudiera estar seguro, en algún lugar recóndito del Imperio, contrario al cristianismo y ejecutor de su instaurador.

Acerca del destino ¿pudo ser Galicia?. La respuesta podría ser afirmativa si él hubiera predicado antes en esas tierras y dejando allí un clima de aceptación a la ubicación de su sepultura. En este caso y como recrea tan bellamente Gonzalo Torrente Ballester, pudo sugerirlo el propio Santiago antes de morir: *"Quiero que mi cuerpo repose en el fin de las tierras, allí donde resuena el rumor del sol cuando se hunde en las aguas..."*.

Capítulo II Santiago en España

¿Tuvo Santiago **MOTIVOS** para viajar a España?. Se ve claramente en el Nuevo Testamento una misión de Jesús a sus apóstoles. En argot de una carrera encontramos un "preparados..., listos..., ya". El "preparados..." corresponde a pasajes como *"Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres"* (Mt 4¹⁹), y otros en que Jesús envía a sus doce apóstoles a predicar con instrucciones de una vida despegada (Mt 10¹⁻¹⁵, Mc 6⁷⁻¹³, Lc 9¹⁻⁶). El "listos" corresponde a los instantes antes de la Ascensión, en que Jesús dijo a sus Apóstoles: *"Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta el extremo de la tierra"*. (Hech 1⁸). El "ya...", o disparo de salida, lo marca el día de Pentecostés, a partir del cual los apóstoles se lanzan a la empresa de la evangelización hasta los confines del mundo. Jesucristo organizó un equipo de gentes durante su vida pública, y este equipo siguió funcionando después de su marcha. Mejor o peor, con o sin la ayuda del Espíritu Santo, según interpretaciones, pero el equipo funcionó bien.

Los apóstoles permanecieron algún tiempo en Jerusalén, pero pronto se superaron los prejuicios judíos de la predicación a los gentiles y se dispersaron por todas partes predicando. El propio San Pablo atestigua en su epístola a los Gálatas (Gál 1¹⁹) que en su primer retorno a Jerusalén no encontró allí a ninguno de los apóstoles sino a Santiago el hermano del Señor (Santiago el Menor). ¿Donde estaban?.

Predicando es la respuesta más certera. Tuvo que haber un reparto geográfico mínimamente planeado que definiera entre los apóstoles un área de acción básica.

Pronto la vida apostólica se convirtió en modelo a seguir, sobretudo al desaparecer los doce, despertándose el deseo de dejar constancia de su labor, su territorio de predicación, su muerte y su sepultura. Aparecerán así una serie de códices y catálogos que buscan cubrir esta necesidad. Si el origen del cristianismo tuvo que ser anónimo y clandestino en buena medida, es lógico que estos datos estuvieran sumergidos en la tradición oral, que mantiene los acontecimientos, pero los mezcla y distorsiona.

¿Qué papel jugó Santiago en este orden?. ¿Le tocó España?. Ya el simple reparto casual le darían opciones. Sabemos que Santiago era uno de los más cercanos a Jesús, que le acompañó en momentos muy especiales, y que conoció muy de cerca los pensamientos y el afecto personal de su Maestro. Tuvo que ser, pues, uno de los que más sintiera el compromiso de la expansión del cristianismo. Santiago recibió más directamente que otros Apóstoles en su solicitud de un puesto preferente, el mensaje de humildad y servidumbre (Mt 20²⁰⁻²⁸, Mc 10³⁵⁻⁴⁵), y conforme a la línea de acción antes mencionamos, cabe asumir que buscara para su labor un lugar distante, extremo.

El mensaje apostólico que dejó Jesús, encerraba un reto peculiar, el de llevar la obra evangelizadora hasta el **EXTREMO DEL MUNDO**. ¿Qué se entendía por extremo del mundo en la época romana?. No era otro que el límite occidental donde acababa la tierra firme tras la cual no había nada. El litoral costero entre Gades y Galicia era el considerado extremo occidental de la tierra, y particularmente un punto que responde a esta inquietud como ningún otro: Finisterre. Hasta aquí debería extenderse la labor apostólica. Este sería un objetivo señalado entre los apóstoles, y así es recogido en los códices y catálogos de la labor apostólica, asignando Hispania y la región extrema de la tierra, a la labor directa y personal de un Apóstol.

Pablo, en su epístola a los Romanos expresa dos veces su intención de viajar a España: *"espero visitaros de paso para España; confío en que me encaminaréis hacia allí, después de haber disfrutado un poco de vuestra compañía"* (Rom 15^{24 y 28}). Pablo no solo está expresando su deseo de ir a España, sino anticipando la solicitud de referencias de cómo y adonde ir. Aparte de que llegara o no a España (hay al respecto opiniones opuestas), estas palabras sugieren que ya existía alguna avanzada evangelizadora, remitidas quizá desde Roma, y Pablo desearía tomar contacto con ella. Es por tanto una buena razón para deducir que el inicio de la evangelización de España es anterior a Pablo. Si esta epístola se sitúa hacia el año 57, la presunta evangelización debió empezar bastante antes, y por tanto también cabe presumir que cronológicamente pudo ser en vida de Santiago.

¿Y Santiago, uno de los más cercanos y comprometidos a Cristo, no habría sentido el deseo de afrontar este reto?. Si llegó a sentirlo, este deseo le empujaría hacia Hispania, concretamente a su extremo noroccidental. Si nos retrotraemos históricamente a una Hispania sin evangelizar, Santiago es un candidato de primera línea.

En el siglo IV Dídimo de Alejandría (313-398) ofrece el **PRIMER VÍNCULO DOCUMENTAL** conocido entre Hispania y un apóstol. Dídimo, ciego desde los cuatro años, tuvo una educación especial que asimiló por sus grandes dotes. Era considerado una mente prodigiosa, siendo maestro en la academia teológica de Alejandría. Escribió un tratado *"Sobre la Trinidad"* que demuestra un gran conocimiento de las Sagradas Escrituras y supone una vasta recopilación de textos bíblicos, por lo que gozó de un prestigio en la ciudad metrópoli de la cultura, con la mayor biblioteca del mundo antiguo y máximo centro del saber de todas las civilizaciones. Desde este legado Dídimo, en su tratado *Sobre la Trinidad*, en su libro segundo, dice literalmente: *"Uno de los Apóstoles recibió en reparto la India, otro Hispania, e incluso otro más una región hasta la extremidad de la tierra"*. Esta breve mención es de suma importancia sobre la evangelización de España, por ser el primer y más antiguo documento sobre el tema, por el carácter erudito e imparcial de la fuente, y porque aún su brevedad, da una valiosa información sobre este asunto en el que hasta entonces había carencia de datos.

¿Dónde adquirió Dídimo estos datos?. Argumentar la inventiva sería mezquino en un hombre cuya obra se basa en el conocimiento. Tal vez conoció la existencia de esa tradición oral, pero en su ámbito académico selecto, si lo manifestó por escrito en su obra es porque conoció documentos anteriores que se lo atestiguaran, en alguna fuente de la rica biblioteca, cuyos fondos se perdieron casi por completo cuando el Islam, primero, y luego el cristianismo, barrieron la cultura "pagana" arrasando la biblioteca y

quemando los libros, y con ellos multitud de datos e informes. Ya que argumentar unos antecedentes desaparecidos es una mera suposición, si cabe decir, cuando menos, que esta información de Dídimo parece válida y de crédito.

Concebir la **EVANGELIZACIÓN DE ESPAÑA** requiere ver sus peculiaridades geográficas. Toda incursión tuvo que ser acometida desde la costa por vía marítima. La península ibérica ofrecía una natural resistencia a la penetración ante la gran e inhóspita meseta central separada de la costa por jóvenes y altas montañas. Galicia, por su peculiar situación noroccidental aislado del resto por sus montañas, y su orografía rica en estuarios y rías, estuvo más relacionada naturalmente con Lusitania y con sus contactos marítimos (Irlanda y Gran Bretaña) que con el interior. El territorio peninsular estaba ya romanizado, la población era hispano-romana, se hablaba el latín y los hábitos y la cultura era romana tras una dominación de más de tres siglos. Indudablemente y acorde con la tolerancia romana, quedarían hábitos y cultos precedentes, pero el ambiente cultural y lingüístico estaba ampliamente unificado en toda la península.

La primera concepción romana de Hispania fue dividirla en: Citerior y Ulterior, con un límite virtual entre ambas en el cabo de Gata. La Citerior fue la Hispania primeramente dominada, de acceso mediterráneo, llamada luego Tarraconensis. El resto era la Hispania Ulterior, de dominación posterior, bañada mayormente por el Atlántico, que se dividirá en Bética y Lusitania. Esta concepción se adapta al planteamiento de Dídimo: una Hispania general que atribuye a un apóstol, y una región hasta el extremo de la tierra para otro apóstol.

La irrupción que Dídimo concede a Hispania, en general, responde bien a la misión de siete obispos enviados desde Roma, los siete *Varones Apostólicos*, según una antigua tradición consignada ya en calendarios mozárabes del siglo XI cuya redacción original se remonta más allá del siglo VI. Se recoge en otras fuentes, como el martirologio de Floro de Lyon (806), y el de Adón (860), situando en el 15 de mayo los nombres de los siete misioneros de la Bética: Torcuato, Tesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Hesiquio y Eufrasio. Esta penetración del cristianismo corresponde a las regiones más romanizadas de la Península.

La acometida de "la región hasta la extremidad de la tierra", atribuida a la labor personal de un Apóstol, responde a la Tradición Jacobea, que también se ve recogida en testimonios documentales que iremos viendo, y de los que la mención de Dídimo de Alejandría sería el primer antecedente documental.

La difusión del cristianismo en España fue rápida y alcanzó pronto toda la península. Así lo acredita la existencia de testimonios antiguos y fehacientes. San Ireneo, obispo de Lyon, en el año 180 habla de las Iglesias de España y dice que la doctrina cristiana se transmite intacta, indicando así que se trataba de una evangelización de muy primera mano. En el año 202 el apologista y teólogo latino Tertuliano, enumera entre los países cristianizados "todos los confines de las Españas", y narra que el cristianismo penetró hasta lugares inaccesibles a las legiones, de modo que Arnobio escribió que los cristianos eran en España "innumerables". En la primera mitad del siglo III, San Cipriano, Obispo de Cartago, en su carta 67 cita las comunidades de León-Astorga y Mérida, y se conocía también la existencia entonces de las diócesis de Zaragoza, Tarragona, Sevilla, Córdoba, Toledo, etc, que muestran una organización eclesiástica ya estable en la península.

En el siglo III viene la persecución, muy violenta en España, con los emperadores Decio, Galo, Valeriano y Diocleciano, que produjeron multitud de mártires españoles, que serán recogidos por el poeta hispanolatino Prudencio (348–410) en su "Peristephanón", serie de 14 himnos donde exalta la heroica actitud de los mártires.

El cristianismo penetra hondamente en España, formando parte de su historia y su cultura. De quien fue el primer predicador se sabe poco históricamente, quedando en el anonimato de la tradición oral. Debió ser un origen entusiasta para unificar a la diversa población española, por primera vez, en un ideal colectivo.

San Jerónimo (347-420), de Dalmacia, estudió gramática en Roma con Donato y teología en Alejandría con Dídimo, a quien reconoce su maestro. Se ordenó en el 379 y se retiró a Jerusalén y rigió un monasterio en Belén. El papa Dámaso, le encargó traducir la Biblia y corregir los textos sagrados (*Vulgata*). En el 408 en su obra *Comentarios*, acerca del reparto territorial dice: "...uno a India, otro a las Hispanias, otro a Iliria, otro a Grecia...". En su comentario sobre Isaías, basándose quizás en la epístola

de San Pablo a los Romanos, muestra a los pescadores del mar de Genesaret yendo sobre el gran mar a predicar el evangelio hasta Iliria y las Hispanias. Como el propio Pablo describe haber llegado hasta Iliria, y puesto que los describe reparando sus redes en el mar de Genesaret, y dado que el Evangelio aplica esta situación a los hijos de Zebedeo, se deduce a Santiago precediendo a Pablo en la acometida de Hispania.

El Papa Inocencio en el 416, defiende los usos litúrgicos de la Iglesia Romana, contra los orientales, y exige que se diga si en los lugares que los siguen, ha enseñado algún otro apóstol que los avale, y que en su defecto sigan los usos de la Iglesia Romana. Esta iniciativa papal es esgrimida como prueba de que la Iglesia desmiente la evangelización de España por Santiago, pero El Papa Inocencio no cuestiona aquí las fuentes evangelizadoras, sino que simplemente reclama una disciplina litúrgica que emane de Roma. Precisamente estos usos litúrgicos orientales acreditan la evangelización de la cuenca occidental del Mediterráneo al menos a un Apóstol no romano, lo que legitima excluir a Pablo. Esto abrió cierta controversia que cerró Hesiquio, Obispo de Salona, que en el 419 sostiene que la predicación fue hecha "hasta el fin de la tierra", en Hispania, por alguno de los doce Apóstoles en persona, y recogiendo la herencia de San Jerónimo reconoce que este Apóstol no podría ser otro que Santiago. En una biografía de San Clemente se atribuye a Hesiquio decir que Santiago el Mayor fue enviado por San Pedro a España.

En la primera mitad del siglo V, Teodoreto (393-460), obispo de Ciro desde 423, buen conocedor de la historia eclesiástica, habla de la misión de un apóstol en España, que no debería ser otro que Santiago el Mayor.

En los siglos VI y VII circulan una serie de catálogos sobre vida y obra de profetas y apóstoles, algunas de las cuales son occidentales (latinos y griegos) y otras orientales (sirios, coptos y bizantinos). La versión latina es el *Breviarium Apostolorum*, cuyo origen ha sido a menudo deslegitimado por algunos autores, pero siendo ya pocos los que le consideran mera traducción de los Catálogos bizantinos con la interpolación de la venida de Santiago a España. El *Breviarium Apostolorum* fue escrito en Occidente hacia el año 600, quizás incluso antes que otros catálogos orientales, y en ella se dice expresamente "*Hic Jacobus Spaniae et occidentalia loca praedicatur*", es decir, "Este Santiago predica en las regiones de España y de occidente". Quienes consideran que el *Breviarium* es una versión manipulada de una versión bizantina que modifica el destino de Jerusalén por el de España como prueba de falsedad de la Tradición Jacobea, omiten o desconocen que la vinculación de Santiago con España es anterior a los catálogos, de modo que las diferencias entre los mismos muestran, más que nada, la competencia entre oriente y occidente. La tradición de Santiago en España aparece en los catálogos occidentales como continuación de una tradición que es recogida por fuentes documentales anteriores, como las de Dídimo y Teodoreto, pero sobretudo la de San Jerónimo, ocurriendo todo esto cuando la doctrina musulmana todavía ni existe, y no puede evocarse por tanto la necesidad de un protector sobrenatural que luego será tan argumentada por los detractores jacobeos.

En el 690, Aldhelmo, abad de Malmesbury, proclama el apostolado de Santiago en España: "*Primitus Hispanias convertit dogmate gentes*", "Él es quien primitivamente convirtió los pueblos de España".

Entre finales del siglo VII e inicios del VIII, el benedictino anglosajón Beda el Venerable, teólogo e historiador, habla también de la prédica de Santiago en España.

Es destacable que todas estas fuentes que sitúan a Santiago en España, no son españolas, es decir, no surgen de intereses locales ni de oportunismos coyunturales de atribuirse la predicación de Santiago.

San Isidoro de Sevilla (560-636) recoge la tradición en su obra *De Ortu et obitu sanctorum Patrum*, en cuyo final hay una recapitulación que dice: "*Petrus nanque Roman accepit, Andreas Achaiam, Jacobus Hispaniam*", es decir, "En efecto, Pedro recibió como parte Roma, Andrés Acaya y Santiago Hispania", y termina con una nota sobre Pablo, predicador universal. San Isidoro, cumbre de la cultura universal, en sus *Etimologías* compila todo el saber de su tiempo. El informe de Santiago del *De Ortu et obitu*, dice: "*Predica el evangelio en Hispania y en los pueblos de las regiones occidentales donde lleva la luz de la prédica*". Esta obra influye fuertemente, por su autoridad, en acreditar el apostolado de Santiago en España. Algunos dicen que la recapitulación final del *De Ortu et obitu*, y el capítulo 80 de las noticias apostólicas, son añadidos que buscan el crédito de San Isidoro a la tradición jacobea. Es una afirmación poco sólida tratándose de la obra de un autor tan conocido y difundido. ¿Podría obrarse impunemente sin que nadie reclamara la manipulación hasta hoy?. Parece poco probable y hoy son muchos los que

aceptan su autoría en su integridad. Otros dicen que San Isidoro solo recoge lo que afirma el Breviarium "manipulado", pero es más cierto que San Isidoro conoce el Breviarium y otras fuentes anteriores en las que el propio Breviarium ha podido documentarse. Graiffier afirma que no hay certeza respecto a la prioridad del *Breviarium Apostolorum* sobre el *De ortu et obitu sanctorum Patrum*.

Las primeras reacciones críticas de los españoles fueron contrarias. San Julián, arzobispo de Toledo, en el 686 contradice la noticia del Breviarium y rechaza el apostolado de Santiago en su obra *De comprobatione sextae aetatis*, en donde al tratar del Apóstol Santiago dice que no predicó entre los españoles, sino entre los judíos. No deja de ser esta una afirmación puntual que será pronto contradecida, parece que incluso por él mismo, pues en otros escritos como los textos del oficio gótico de la liturgia mozárabe que él revisó, sí se acepta a Santiago en su reparto geográfico, como exponente de que la tradición es admitida por todos en España. Otra reacción precoz de oposición surge en la provincia tarraconense reivindicando para sí el Primado de la Iglesia española, considerando que San Pablo fue el fundador de aquella Iglesia. Esto descubre que detrás de estas oposiciones al reconocimiento de la predicación del Apóstol Santiago en España, hay sobretodo una competencia visceral por el liderazgo territorial de la Iglesia entre Toledo, Asturias y Tarragona. Si después se dirá hasta el exceso que la promoción de Santiago se labra sobre un oportunismo social, político, religioso y económico, también hay que decir que tuvo que superar serias resistencias de otros intereses.

Beato de Liébana (¿-798), monje emigrado a tierras asturianas, es el heredero y difusor de la obra isidoriana en España. En el 776 escribe su *Comentario sobre el Apocalipsis*, donde compendia al modo isidoriano toda la ciencia religiosa y cultura de la época, con citas y extractos de Isidoro de Sevilla y de San Jerónimo. Algunos remarcaban una intención soberbia y revanchista en su pugna con Toledo. Quizás la hubiera, pero su condena del Adopcionismo que Elipando de Toledo se empeña en reanudar como estrategia de acercamiento al Islam (condenada en el concilio de Éfeso de 431), era inadmisibles para la ortodoxia cristiana. Las fuentes de Beato en cuanto al lugar de apostolado son el *Breviarium Apostolorum*, la *Vulgata* de San Jerónimo y el *De Ortu et obitu* de San Isidoro, y por tanto en lo relativo a Santiago, recoge que él es el evangelizador de España. Su prestigio e influencia, constituye un certificado de la tradición jacobea. Beato no inventa nada, como algunos parecen afirmar, simplemente lo realza y propone a Santiago como Patrono de España. La idea es aceptada por la corte; el rey Mauregato, que reinó entre 783 y 788, se interesa personalmente; se organiza un culto a Santiago, y quizás el propio beato hace el himno de la fiesta: "*Oh Apóstol dignísimo y santísimo, cabeza refulgente y dorada de España, defensor poderoso y patrono especialísimo... Asiste piadoso a la grey que te ha sido encomendada, se dulce pastor para el rey y para el clero, y para el pueblo*".

Pero el culto a Santiago existía ya antes, particularmente en Galicia., donde en el siglo VIII muchas iglesias habían sido construidas y consagradas a Santiago: las diócesis de Boente, Cerceta, Fornito, Mera, Queirico, Villabonoriz fueron consagradas a Santiago antes del 748, y la de Avezán en el 758, es decir, que la difusión del culto a Santiago no es una empresa que nace de Beato de Liébana, sino que es un culto previo y extendido.

Capítulo III Hipótesis de Verosimilitud

No ha llegado todavía la revelación del sepulcro de Santiago ni los relatos de su traslado, que resultan más sorprendentes y legendarios. Hasta ahora solo se ha analizado la tradición de la evangelización de Santiago en España, desde sus elementos más primarios, hasta los documentos y testimonios más significados. De este análisis me atrevo a resumir estas consideraciones que componen el argumento de mi **HIPÓTESIS**:

1. La evangelización de España pudo muy bien iniciarse en el siglo I, verosímelmente en la primera mitad del mismo, y por tanto en tiempos contemporáneos al Apóstol Santiago.
2. Este inicio parece obedecer a una intención general que responde a un vasto plan apostólico. El Apóstol San Pablo menciona en su epístola a los Romanos y por dos veces (Rom 15, 24 y 28) su intención de viajar a España, en forma que cabe deducir que ya ha tenido lugar alguna avanzadilla.
3. Varios documentos y testimonios dejan intuir una evangelización de doble frente que pronto se funde como un plan único. Una mediterránea-meridional compatible con la tradición de los siete varones apostólicos enviados desde Roma a la Bética. Otra del extremo occidental de la tierra,

particularmente su Finisterre, compatible con la Tradición Jacobea. Esta evangelización de doble foco puede explicar la fecunda rapidez por la que se extiende en poco tiempo por toda la península.

4. La coincidencia de liturgias de fuente oriental frente a otras de corte romano, avalan esta doble acometida evangelizadora en sintonía también con las dos tradiciones (Jacobea y Bética).
5. Que Santiago fue el Apóstol que inicia la evangelización en el extremo occidental del mundo, es compatible tanto con la tradición oral popular como con la tradición escrita culta.

Como hipótesis, no pretende ser una argumentación irrefutable, sino un punto de partida cuyo planteamiento hace legítimo inferir una **VEROSIMILITUD PRELIMINAR DE LA TRADICIÓN JACOBEA**, es decir que la tradición que sitúa la predicación de Santiago en España, no es una creación infundada o una mera tradición piadosa que bajo ningún concepto pueda obedecer a la realidad histórica.

Negar la existencia de acontecimientos desconocidos por la Historia es tan infundado como afirmar la realidad de hechos no demostrables. Si se desea conocer el fondo de verosimilitud de una tradición, debe valorarse la verosimilitud de cada uno de sus elementos, documentos y testimonios. Desde las verosimilitudes parciales, veremos si son sumativas o contradictorias, y se verá si es factible una verosimilitud global de mayor alcance.

Desde esta primera verosimilitud, estamos en condiciones de analizar aspectos más sofisticados de la tradición: la revelación de los restos o "*Inventio*", y las narraciones del traslado o "*Translatio*".

Llegados aquí, hay que precisar que en la leyenda jacobea hay dos partes bien diferenciadas, una que habla de un viaje de Santiago a España y de su predicación en tierras españolas, y otra que se refiere al traslado de los restos del Apóstol a Galicia por algunos discípulos, que lo habrían traído desde Jerusalén, después de ser martirizado. Más que una única tradición, son **DOS TRADICIONES EN UNA**, que conviene diferenciar. La primera sitúa a Santiago en España, no necesaria ni exclusivamente en Galicia, y se apoya en una tradición oral cuyo origen está en los propios inicios del cristianismo, y que viene luego a reforzarse con testimonios documentales de crédito. Es la que he analizado hasta aquí. La segunda inicia en el siglo IX, y se compone de dos elementos: uno primero que consiste en la revelación de la tumba del Apóstol Santiago (*Inventio*), y otra posterior que relata como aconteció el traslado de los restos hasta su tumba (*Translatio*).

Cada una de ellas tiene sus propios argumentos de certidumbre. No se trata, pues, de disociarlas sino de analizarlas. Después se verá que cada una de ellas refuerza a la otra desde su propia solidez argumental.

El traslado y sepultura del cuerpo del Apóstol es lo que veremos a partir de ahora, anticipando que aparecen en orden inverso al cronológico, o sea, primero se descubrió el sepulcro, y bastante después surgen las narraciones que explican el traslado. Es una contradicción usada en descrédito de la tradición jacobea, pero que es plenamente explicable. Se descubre el sepulcro porque su ubicación se perdió en la memoria de una cristiandad incipiente y castigada. Será después del descubrimiento cuando surge la necesidad de explicar el traslado sobre los indicios de una tradición oral muy diluida y deformada.

Hemos dejado a Santiago predicando en España y sabemos que fue ejecutado en Jerusalén. Para que las dos tradiciones sean compatibles en una sola, tiene que regresar a Jerusalén y después ser trasladados sus restos de nuevo a España ¿es factible tanto trasiego?.

Capítulo IV Viajes y Olvidos

Dejémos a Santiago predicando por las tierras de España en una iniciativa evangelizadora que comienza en el noroeste de la península, en el afán de llevar el testimonio de Cristo hasta el extremo occidental de la tierra, iniciativa que posiblemente, y quizás ya sin la presencia del propio Santiago, se conjunta con la iniciada en la Bética por los Siete Varones Apostólicos enviados desde Roma. No es difícil pensar que Santiago, tras una cierta trayectoria por el territorio que recibió su predicación, deseara el **REGRESO A JERUSALÉN**. Los motivos serían los mismos que los de otros evangelizadores: tomar contacto con la sede judía, centro de toda la obra evangelizadora. Antes que Roma, Jerusalén fue centro de la cristiandad naciente, y allí se reunían con alguna frecuencia los Apóstoles y evangelizadores, para debatir cuestiones doctrinales y el estado del proceso de evangelización. Allí se estudiaban aspectos

formales de la doctrina (Hech 15₆), a veces con fuertes discusiones (Hech 15₂ y 39), y se tomaban decisiones de enviar comitivas con una u otra intención (Hech 15₂₂). Santiago tuvo que sentir en algún momento el deseo de notificar sus logros e inquietudes. Tal vez necesitó comunicar sus logros en una tierra lejana y la necesidad de estructurar la organización de una Iglesia naciente (que pudo inspirar el envío de los Siete Varones Apostólicos a la Bética), y también necesitaba informarse del progreso de la campaña general de la que él era un eslabón más, quizás el más lejano, pero no por ello desconectado. Santiago tuvo que volver buscando precisamente eso, conexión. Allí encontró la muerte en la forma que tan escuetamente se nos relata en los Hechos de los Apóstoles, lo que le convierte en Protomártir apostólico (Hech 12₁₋₃). Ya comenté mi impresión sobre la escasez de datos sobre Santiago, que me sugieren que el hijo mayor de Zebedeo buscó una misión lejana que le permitiera hacer una evangelización como aprendió de su Maestro: personal y directa, sin complejas palabras ni pretensiones más eruditas que dar testimonio directo de Cristo.

Llegamos así al momento en que el cuerpo y la cabeza del Apóstol son separados por efecto de la espada, y el alma de su cuerpo por razón de su martirio. A partir de aquí nada se dice de su sepultura. ¿Porqué este silencio?. La razón debe ser simple: ...porque se hizo en forma clandestina, tal vez incluso apresurada, habida cuenta del riesgo que supondría viajar con el cuerpo de uno de los más destacados líderes de una ideología odiada entre judíos y romanos. Y así tenemos a sus discípulos rescatando su cuerpo y desapareciendo de escena. ¿Qué hicieron?, ¿adónde fueron?. La respuesta parece venir a la mente con facilidad: toman el cuerpo del Apóstol y, ayudados quizá de los fieles, lo sacan de Jerusalén y lo llevan allí donde pueden embarcar con prontitud, el puerto de Joppé (Jaffa), y deciden sacarlo de Palestina. Si estuvo predicando en los confines de la tierra, ¿porqué no volver allí, donde probablemente encontrarían lugar adecuado para su sepulcro?. Los motivos de su salida son también comprensibles sin conjeturas muy complejas: para que su cuerpo no sea profanado, o para escapar de una situación delicada sin renunciar a prestar los honores debidos al cuerpo de Santiago, o para que se cumpla la voluntad del Apóstol... o tal vez también incluso para que se cumpla la voluntad de Dios, para quienes valoran el peso de los designios Divinos. Si fue verosímil aceptar que Santiago predicara en España, es también aceptable que éste pudiera ser también el destino de su sepultura. Ya comenté antes algunos aspectos de verosimilitud de esta travesía e incluso de algunos de sus aspectos más míticos, como el de la barca de piedra. Sin atender todavía a otros documentos, testimonios y acontecimientos, concluyo de nuevo en mi hipótesis de verosimilitud tanto de la predicación de Santiago en España como de su posible sepultura en este mismo lugar. La labor ya estaba hecha, solo se trataba ahora de sepultar dignamente su cuerpo y tal vez custodiar su sepultura. Este último servicio fue anónimo y pudo perderse en el curso de una historia en que se sucederán las colonizaciones, las guerras, las invasiones, los cambios de credo, las luchas doctrinales, y por supuesto el manto del tiempo. Si este viaje es clandestino, su repercusión debió ser escasa; solo la justa para dejar constancia en la memoria popular, instalándose allí como un mensaje subliminal. Quienes oyeran su prédica y veneraran su recuerdo, aceptarían de buen grado la ubicación de su tumba, que ocuparía un lugar de admirado respeto más que de fanático culto.

Esto permite comprender que el asentamiento exacto de la tumba pudiera caer en el **OLVIDO**. No debe resultar difícil aceptar esto si consideramos que hoy día nosotros mismos olvidamos y no somos capaces de encontrar la tumba de familiares no muy lejanos cuya memoria y lugar pasa a ser ignorada para nuestros hijos. En Galicia es bien fácil que un sinfín de especies vegetales se apoderen de la piedra, la encubran, e incluso que la engullan bajo su verde silencio. En otras partes del mundo, templos, poblados y civilizaciones enteras han sido ocultados bajo la espesura de la selva. Nada difícil sería la inmersión en la espesura del bosque gallego de una tumba, que podría quedar sepultada por zarzas que enredaban los troncos y las piedras, oponiendo sus púas y su maraña a cualquier curiosidad, y que sirviera además de cubil a lobos, raposas y alimañas, que terminaron de hacerla invisible e inaccesible a los hombres. La tradición perduró, pero quedando solo su mensaje de misterio que se transmitía de una generación a otra, confundida tal vez incluso con viejas tradiciones de las que existieron por esos contornos.

Tenemos así construida la predicación de Santiago, su muerte y su sepultura, y su cuerpo ya bajo la tierra de algún paraje de Galicia del que quizá el Apóstol llegó a decir a sus discípulos: *"Quiero que mi cuerpo repose en el fin de las tierras, allí donde resuena el rumor del sol cuando se hunde en las aguas, en un lugar donde mi alma se durmió, de pura delicia contemplativa colmada en la paz del Señor. Buscad ese lugar: el Señor os ayudará a encontrarlo"*.

Capítulo V Germanos y Musulmanes

La penetración de los **PUEBLOS GERMÁNICOS** en la península se inicia en la segunda mitad del siglo III, ante la crisis económica y de autoridad que empieza a sufrir el Imperio romano. Los ejércitos fronterizos sufren una fuerte germanización, y el ejército imperial llegó a tener de romano solo el nombre, y los bárbaros mismos resultaron ser contra los bárbaros los defensores militares del Imperio, que aun mantiene su integridad pero que empieza a debilitarse, y las infranqueables fronteras romanas empiezan a dejar de serlo. Estas primeras invasiones no son más que algaradas que tienen por objeto el acopio de botín de las regiones más ricas, como Tarraco y Denia, que fueron devastadas. Termina la *pax romana*, se acaba la vida apacible en el campo y se impone el refugio en las ciudades, que son fortificadas.

La verdadera invasión de la península se produce en el 409 a través de los Pirineos occidentales, que son atravesados simultáneamente por Suevos, Vándalos y Alanos, en número no muy elevado pero sí suficiente para asolar a su paso todas las ciudades y comarcas que atravesaban, y durante dos años, ante la impotencia romana, España sufre por todas partes los horrores de la invasión y del desorden interno, que inducen todo tipo de plagas y calamidades. Idacio, obispo de Aquae Flavia (Chaves), nos ha dejado una crónica que muestra el trágico reflejo de los horrores producidos: "...*Las ciudades saqueadas e incendiadas, corruptas con el hedor de los cadáveres insepultos; las fieras de los bosques dominando los parajes abandonados por la población empavorecida...*" . La peste, el hambre, las fieras y aún el canibalismo, son el fin de multitud de hombres y mujeres. Quienes apenas podían ocuparse de salvaguardar su vida, malamente podrían ocuparse de cuidar sus tradiciones, que no mueren pero si quedan dormidas y desarraigadas. La memoria de los primeros evangelizadores, que solo existió en la tradición oral, se desvanece, y perdura solo como un vago recuerdo mitológico que parece que siempre estuvo presente. Después de estos dos años de correrías, estos bárbaros, que eran pueblos en busca de tierras en que asentarse, se reparten los territorios de las provincias hispánicas: los Suevos y los Vándalos asdingos ocupan Galicia, los Alanos ocupan la Cartaginense y la Lusitania, y los Vándalos silingos ocupan la Bética. Sólo la Tarraconense queda libre, y los hispano-romanos supervivientes se ven obligados a someterse. Sin embargo estos asentamientos fueron poco estables; muchos de los vándalos atraviesan el estrecho en busca de tierras africanas, y los restantes son desplazados por los Visigodos que hacen su entrada, o son absorbidos por el reino galaico de los Suevos, los únicos de los primeros pueblos invasores que logran cierta estabilidad, en tierras de Galicia y Portugal, reinado cuya existencia se prolongará durante un siglo. Restablecido un orden mínimo, reaparece la fuerza del cristianismo, que realmente nunca desaparece, y los Suevos se convierten al catolicismo. Los Visigodos ya habían adoptado el arrianismo antes de entrar en España, pero terminan por convertirse al catolicismo a partir de Hermenegildo, santo mártir visigodo que gobernó la Bética, y convertido al catolicismo luchó y fue decapitado (585) por orden de su padre, Leovigildo, siendo su otro hijo Recaredo quien adoptó el catolicismo como religión oficial, y después de algunas insurrecciones acaba con la fe arriana. Son los Visigodos los que finalmente dominarán toda la península logrando una unidad que constituye el primer estado nacional español entre 476 y 711. Un triste resultado que nace de todas estas luchas y diferencias de credo, es que la fe se convierte en motivo de política, de lucha y de sangre, con lo que el cristianismo se ha desligado de uno de sus fundamentos básicos, deformación que posteriormente llegará a pintarnos incluso una figura ecuestre de Santiago espada en mano.

El último rey visigodo fue Rodrigo. Muerto Vitiza (710), y usurpando los derechos de sus hijos, menores de edad, sus enemigos coronaron rey a Rodrigo, duque de la Bética. Para someterlos a su poder, Rodrigo combatió a los vitizanos, partidarios de Akila, quienes pidieron ayuda a los bereberes del norte de África, que al mando de Tariq y por mediación del conde don Julián, atraviesan el estrecho de Gibraltar y derrotaron al ejército visigodo en la batalla del Guadalete (711). Lo que parece una ayuda se convierte en una invasión en toda regla, que se produce muy rápidamente a pesar de que los invasores no fueron muy numerosos, y las ciudades como Córdoba, Sevilla, Mérida, Toledo, Segovia, Astorga, Lugo, Zaragoza... son tomadas prácticamente sin resistencia. Los españoles están cansados del yugo visigodo, y además los musulmanes recibieron la valiosa ayuda de los judíos, quienes eran perseguidos por los visigodos. El sometimiento de los españoles al **ISLAM** se llevó a cabo en la mayor parte del país, por una serie de capitulaciones, a veces por la conclusión de transacciones y pactos amistosos, y otras, las menos, por la victoria militar absoluta del ejército islamita. El Islam distinguía entre paganos (forzados a la conversión o aniquilados), y las llamadas "gentes del Libro", como cristianos y judíos, que poseían textos sagrados producto de revelaciones anteriores a Mahoma (570-632). Los hispano-godos no fueron obligados a la conversión al islamismo, y permanecieron en su religión como protegidos del Islam mediante el pago de un tributo personal y patrimonial, de distinto grado, según las condiciones en las que se habían sometido, y si habían o no opuesto resistencia con las armas. La invasión musulmana,

que llegó hasta la Galia Meridional, asienta sólidamente en España, y termina por sentar la base del gobierno y de la administración en al-Andalus, primero en Sevilla y luego en Córdoba.

En el 718 se fecha el inicio de la rebelión de los Astures al mando de Pelayo, que en el 722 se hace fuerte tras la batalla de Covadonga, y organiza la resistencia cristiana en las montañas de Asturias, lo que constituye el síntoma precursor de los primeros esfuerzos organizados para emprender la **RECONQUISTA**. Se instaura así un principado independiente con sede en Cangas de Onís. Pelayo morirá en Cangas, y tras la muerte de su hijo Favila a manos de un oso, un yerno de Pelayo, Alfonso, funda la Monarquía asturiana, e inicia enseguida el acrecentamiento territorial del Reino astur. La historia le llamará Alfonso I, y con él toma comienzo realmente la larga empresa de la reconquista, que se verá completada 780 años después, el viernes 2 de enero de 1492, cuando Boabdil entrega las llaves de la puerta de la Alhambra de Granada a los Reyes Católicos. De acuerdo con Sánchez Albornoz, en la labor de reconquista no existió realmente espíritu de cruzada, porque no se llevó a cabo con motivaciones religiosas (recuperación de focos de valor religioso o extensión de un credo), sino básicamente patriótico como el de expulsar de la península a los musulmanes que eran considerados como usurpadores de lo visigodo, cuyo credo no siempre fue católico, como vimos.

Me parece útil destacar, del asentamiento árabe en la península, varios aspectos que suelen ser ignorados:

1- La mayor parte de la invasión fue sin resistencia, y en base a capitulaciones y acuerdos amistosos.

2- En la España árabe se instaura una brillante civilización propia, y una era de prosperidad, de cultura y de forma de vida que merecieron la expresión de "la dulzura de vivir del mundo musulmán".

3- Durante mucho tiempo el islamismo no es entendido como una nueva religión, sino como una secta o herejía de las que hubo tantas en el cristianismo, como lo fue el arrianismo visigodo.

4- Los musulmanes respetaron la creencia religiosa de cristianos y judíos, sin que las razones de fe, fueran conflicto de convivencia, en modo que las tres creencias conviven juntas durante siglos en forma creativa y constructiva, incluso después de la reconquista. La expulsión de los judíos obedeció más a razones socio-económicas que religiosas.

5- La reconquista de la península, iniciada solo 7 años después de la invasión, nace con vocación militar inspirada en el orgullo patriótico de una tierra que ya tiene espíritu nacional con los visigodos, que ha sido invadida rápidamente sin resistencia, y a partir de una coyuntura que hábilmente fue aprovechada por los musulmanes para atravesar el estrecho. Se les pidió ayuda, y se tomaron todo.

En este contexto de invasión árabe y de reconquista iniciada, se producen las primeras noticias del descubrimiento del sepulcro del Apóstol Santiago y del traslado por mar a tierras gallegas.

Vapítulo VI Descubrimiento y Confusiones

En este contexto de invasión árabe y de reconquista iniciada, se producen las primeras noticias del **DESCUBRIMIENTO** del sepulcro del Apóstol Santiago y del traslado por mar a tierras gallegas. La primera noticia aparece en el ya mencionado martirologio de Floro de Lyon, que hacia el 806 escribió estas palabras reproducidas luego en otras fuentes: "*Huesos sagrados de este bienaventurado Apóstol (Santiago), trasladados a España, se veneran en el extremo de ella, frente al mar de Bretaña, con extraordinaria devoción por aquellas gentes*". Tomadas de esta fuente, palabras casi equivalentes son reproducidas en el martirologio de Adón (860). Estas son las primeras referencias al traslado, que aparecen cuando ya es una tradición aceptada la predicación de Santiago en España, cuando ya se le profesa culto en múltiples templos y diócesis, cuando ya había sido nombrado Patrono de España. Independientemente incluso de su realidad histórica, Santiago no es un invento de la reconquista ni del fanatismo religioso, sino la culminación de una tradición cuyos antecedentes son muy anteriores al descubrimiento del sepulcro (*Inventio*) y las narraciones de su traslado (*Traslatio*), a las que me dedicare con más detalle a partir de ahora.

Sí es cierto, desde luego, y también hablaré de ello, que Santiago es manejado con diversas intenciones muy dirigidas, lo que dará fácilmente la sensación de que todo es un montaje en el que muchos obtienen tajada: los militares consiguen entrega en la lucha, heroísmo bélico y honores de gala; los reyes y políticos ganan terrenos conquistados; los monjes logran promoción del peregrinaje que eleve las donaciones y privilegios; los prelados alcanzan beneficios fiscales y favores económicos; la Iglesia adquiere captación de devotos y una digna alternativa a Tierra Santa.... Estos intereses, a menudo detrás de las más mezquinas actitudes humanas, ensucian la Tradición Jacobea en forma que hicieron ya los mercaderes del Templo de Jerusalén.

Acerca los lugares de sepultura de los Apóstoles, las noticias que circulaban antes de la *Inventio* y de la *Translatio*, puede resumirse así: Pedro y Pablo en Roma. Santiago el Mayor, según versiones es situado en Judea, Palestina, Marmárica o Galicia. Juan en Éfeso. Santiago el Menor, identificado como Santiago Alfeo en la tradición occidental, en Jerusalén. Tomás en Edesa. Andrés en Patras.

De estos datos, llama la atención la variedad de lugares en que es situada la tumba de Santiago con respecto al resto de Apóstoles. ¿A que puede deberse esta diversidad?. Quizás puede argumentarse que la pista de Santiago se pierde inmediatamente a su muerte, y que entorno a su paradero hay una enorme confusión que da pie a pareceres distintos. De este ambiguo argumento puede extraerse una conclusión útil: la confusión en torno a la figura de Santiago, a su lugar de predicación, a la ubicación de su tumba... y a su propia persona, porque en este contexto de confusión, se confunden distintos Santiagos:

- **SANTIAGO EL MAYOR**, hijo de Zebedeo, hermano de Juan el Evangelista, apresado y ajusticiado en Jerusalén en el año 44 por los verdugos de Tiberio Druso (Claudio), bajo Herodes Agripa.
- **SANTIAGO EL MENOR**, llamado el justo, hermano o pariente de Jesús (según versiones), quien tras la muerte de Cristo encabezó la comunidad cristiana de Jerusalén, y murió lapidado por los judíos en el año 62, siendo enterrado según historiadores del siglo II, en el mismo Jerusalén, cerca del Templo. Esta es la tumba recogida como la de Santiago en Jerusalén, pero sin precisar qué Santiago.
- **Santiago, hijo de Alfeo**, uno de los 12 Apóstoles del que no se sabe más que es citado en el Nuevo Testamento como uno de los Apóstoles de Jesús (Mt 10₃, Mc 3₁₈, Lc 6₁₅, Hech 1₁₃), y cuya figura probablemente queda confundida con la de los dos anteriores.

Los catálogos bizantinos del siglo VII sitúan la tumba de Santiago en **MARMÁRICA**, región desértica del norte de África, franja costera a orillas del Mediterráneo, correspondiente a Libia y Egipto, que se extiende entre Bengasi, al oeste, hasta el delta del Nilo, al este. Este es el lugar donde predicó, falleció y fue sepultado otro Santiago histórico y mítico, partidario del monofisismo, con tal liderazgo que a los monofisitas se les reconoce también como jacobitas. Hablamos de **Santiago Baradeo** (500 – 578). La tumba de Santiago en Marmárica puede ser muy bien la de este Santiago Baradeo (que significa harapiento, por predicar y dar ejemplo de piedad y pobreza), quien dejó también una estela de culto popular y de peregrinación, de origen mítico, tanto que los catálogos toman por el Apóstol Santiago el Mayor y dicen que la tumba de Santiago se encuentra "*in achaia Marmarica*", que debe entenderse como "en un lugar de Marmárica". Por otra parte Marmárica figura, a veces, en los relatos de Santiago, hijo de Alfeo (Según Baudouin de Gaiffier, *Analecta Bollandiana*, 1962-1963).

Toda la confusión inicial entorno a Santiago gana un tanto de claridad con estas valoraciones, y la verosimilitud de Santiago en Galicia, ya argumentada anteriormente, cobra ahora mayor credibilidad.

Cápítulo VII Revelaciones y Milagros

Si Santiago había muerto en Jerusalén, ¿dónde estaba su cuerpo?. Para poder responder a esto era necesaria un descubrimiento formal que conforme al uso de la época solo podía venir de modo convincente por vía de la revelación. La primera referencia escrita a la **REVELACIÓN**, se encuentran en tres antiguas cartas de Compostela del siglo IX, (años 829, 844 y 854) en que solo se menciona que el cuerpo de Santiago fue revelado en el 813, siendo Teodomiro obispo de Iria Flavia, durante el reinado de

Alfonso II el Casto, y que el descubrimiento tuvo lugar en el valle de Amaia, pero nada se dice sobre las circunstancias de la revelación.

La reacción de Teodomiro fue sensata, no la de creer que el lance le elevase casi a la misma categoría que el Obispo de Roma, al yacer en su sede los huesos de un Apóstol elegido del Señor, y se limitó a informar a Alfonso II, rey que del pequeño reinado asturiano, que luchaba más por la subsistencia que por las grandezas históricas. La reacción asturiana fue moderada, pues en Oviedo, donde ya existía un suntuoso monumento con culto a Santiago, se despertó un sentimiento de rivalidad y una duda legítima de la autenticidad de los restos, y las crónicas oficiales asturianas son discretas. Finalmente el hallazgo convenció al monarca, que organizó un viaje con la corte a la tumba, y mandó construir en el 834 una iglesia que acogiese el mausoleo, una basílica de piedra y barro con una sola nave, junto a la cual se levantaron las iglesias de San Salvador y de San Juan, el monasterio de Antealtares y el palacio episcopal, conjunto que se acotó con una muralla definiendo un recinto que constituía el *Locus Sanctus Iacobi*.

El rey Alfonso III durante el episcopado de Sisnando I, derribó la primitiva iglesia y mandó erigir otra más grande y suntuosa, de tres naves, en piedra tallada y con columnas y pisos de mármol, cuyas obras se iniciaron en el 872 y fueron consagradas en el 899. Sisnando II, ante los sucesivos ataques normandos refuerza con mayor solidez la primitiva cerca del *Locus*. Este será el conjunto que destruirá Almanzor en el 997.

Encontramos la siguiente mención de la *Inventio* en el citado martirologio de Adon de Vienne (860), y lo reencontramos en el de un contemporáneo suyo, Usardo, monje benedictino de San Germain-des-Prés de París, por encargo de Carlos el Calvo (nieta de Carlomagno), y luego en el de Nokter, monje benedictino del convento de San Galo.

Entre los reinados de Alfonso II (791-842) y Alfonso III (866-910), reinaron Ramiro I (842-850) y Ordoño I (850-866). En el 844, durante el reinado de Ramiro I tiene lugar la "*fabulosa*" batalla de **CLAVIJO**. La tradición de Clavijo conlleva tal manipulación de datos que la convierten en una falsedad histórica. La supuesta afrenta inicia en el tributo de cien doncellas supuestamente adquirido por el rey Mauregato (783-788) con los musulmanes para evitar contiendas belicosas. La gloria del triunfo se atribuye a Ramiro I a quien el Apóstol Santiago, matamoros desde entonces, anunció en sueños su intervención favorable. En medio de la batalla, que se presentaba muy adversa a los cristianos, surgió un jinete de figura resplandeciente sobre un caballo blanco y blandiendo una espada plateada, que con su intervención admirable decantó la victoria del lado cristiano; en agradecimiento, el rey establece un tributo al Apóstol (voto de Santiago). Sánchez Albornoz demuestra que no existió esta batalla, y que esta batalla es la de Monte-Laturce, en Albelda (próxima a Clavijo), ganada años más tarde por Ordoño I, sin tributo de doncellas, ni mediación milagrosa, ni voto a Santiago. Y fue Ramiro II, rey de Castilla y León, quien peregrinó a Compostela e invocó la protección del Apóstol, otorgando el voto a Santiago tras la batalla de Simancas en el 939, en que logró una sólida victoria sobre Abderramán III. Paralelamente nace el voto a San Millán de la Cogolla por parte del conde de Castilla, Fernán González, y parece que de quien se proclamó que intervino en batallas era San Millán de la Cogolla. Parece que son los cluniacenses quienes manipulan estos datos y los atribuyen a Santiago, desde su posición de Patrono de España, que ya ostenta. Pero no equivoquemos los términos, lo que se pretende promocionar no es la figura de Santiago, sino más bien la empresa de la reconquista, imbuyendo en el ambiente una motivación adicional que tenía ya su propia fuerza y era ya motivo de culto y peregrinación, y acaso, eso sí, los prelados compostelanos verán con agrado los tributos y beneficios que los distintos reinos peninsulares puedan concederles, lo que llegó a enriquecer Compostela.

Otros casos históricos demuestran que la invocación a Santiago no busca ensalzar su figura, sino explotarla como arenga de las tropas ante lances difíciles, como la batalla de Otumba (1520) entre Hernán Cortés y los ejércitos indígenas mexicanos, o la invocación del general Franco en la guerra civil española (1936-1939).

El primer relato circunstanciado del descubrimiento de la tumba, es el de la *Concordia* de San Fagildo de Antealtares (1077), y luego aparece en la *Historia Compostelana*, registro de los hechos del arzobispo Gelmírez (1118), y en el Códice Calixtino o *Liber Beati Jacobi* (1130), y todavía después en el *Libro dos Cambeadores*. Allí se cuenta que en tiempos de Alfonso II el Casto, un anacoreta llamado Pelayo, cercano a la aldea de Solovio, fue testigo de luminarias en el bosque de Libredón, en que vivía, recibiendo en sueños el oráculo de los ángeles de que se trataba de los restos del Apóstol. Los fieles

que compartían el conocimiento del fenómeno, informan al obispo Teodomiro, quien impulsado por su testimonio, se presentó personalmente en el lugar, y sorprendido por el hallazgo, ordenó a la comitiva guardar tres días de ayuno, tras los que mandó abrir brecha en el bosque para ver lo que contenía, y descubre en medio de la espesura, un pequeño edificio con un altar, en cuyo interior descubrió una tumba mayor y otras dos menores que la flanqueaban, lo que fue identificado como el túmulo sepulcral del Apóstol Santiago y de sus discípulos Teodoro y Atanasio.

Algunos dicen que Teodomiro no podía ignorar, a pocas leguas de su sede, la existencia de un mausoleo a un santo de devoción local, pero ésta es una opinión infundada, la tumba pudo quedar sumergida entre la vegetación, confundida entre ruinas olvidadas, fuera de la memoria humana, quedando su paradero totalmente ignorado o minusvalorado. Es aceptable pensar que hubo un culto preexistente al descubrimiento de la tumba, un viejo culto que se vio interrumpido hasta el punto de que tal vez el celo protector hacia el sepulcro, o quizás la huida forzada o la muerte de quienes conocían el lugar preciso, tan factible ante las violentas invasiones descritas, pueda explicarnos con toda lógica que el paradero exacto de la tumba fuera extraviado.

Se ha acusado que la narración de las circunstancias del descubrimiento, firmada por el obispo Diego Peláez, y el abad de Antealtares Fagildo, fue argüida dos siglos y medio después del mismo para apuntalar la tradición oral y asegurarse la custodia del cuerpo santo. Fue una actitud interesada, desde luego, pero legítima y necesaria, ante un hallazgo de alcance que hay que proteger, pues el culto y la sed de reliquias de "prestigio" era motivo de luchas de intereses y disputas por su posesión, y a veces de robo y usurpación.

La narración del descubrimiento no añade realmente nada a la tradición, sino simplemente le da forma documental certificadora a un hallazgo que va siendo cada vez más valorado y que venía ya movilizándolo a los peregrinos. Cabría decir que en esta ocasión la creencia popular va por delante de la actitud de la Iglesia; el culto a la tumba de Santiago en Compostela es una realidad popular que carece de una acreditación formal escrita de la Iglesia, a pesar de que ya existían templos dedicados al culto a Santiago.

Las dos tradiciones ya se han cruzado, la que reconoce a Santiago evangelizador de España, y la que sitúa su tumba en Galicia. Falta un eslabón que las enlace explicando la presencia de la tumba tan lejos del lugar de su muerte. Así surge la **TRANSLATIO**, o relato de la llegada a Galicia de los restos de Santiago. Las primeras citas del traslado a Galicia son los mencionados martirologios de Floro de Lyon (806) y de Adón (860): "*Los huesos sagrados de este Apóstol bienaventurado, fueron trasladados a las Españas, en su parte extrema, y puestas a salvo a orillas del mar de Bretaña, donde son venerados por los fieles de esos países*". Es decir, que la conexión entre las dos tradiciones existía ya antes de aparecer la *Inventio* y la *Translatio*.

Capítulo VIII Translatio: textos y versiones

Si no es descartable la predicación en España, y en cambio se ve apoyada esta opción por testimonios antiguos autorizados que así lo anuncian; si es asumible que retornara a Jerusalén y allí fuera martirizado, si la memoria de su sepulcro en alguna ubicación geográfica carece de toda referencia y tradición fundada, si se le rinde culto hasta designarle Patron de España, y si su sepulcro es hallado en territorio gallego, ¿cómo explicar su llegada hasta allí?, ¿cómo establecer una conexión lógica entre su martirio en Jerusalén y su sepulcro gallego?. Con tal objeto surge la *Translatio* o relato que narra el modo en que el cuerpo de Santiago fue trasladado desde Palestina hasta Galicia.

Tres son los grupos de documentos que relatan el traslado:

1. La **TRANSLATIO SANCTI JACOBO** o "*leyenda dorada*", narrada por Jacobo de la Voragine, recogida después en la Historia Compostelana y el Codex Calixtinus. Es el documento español más antiguo, versión escrita de la tradición oral popular. Su versión popular original se trata de textos para ser recitados. Mezcla la Tradición Jacobea con la de los Siete Varones Apostólicos de la Bética que convierte en discípulos de Santiago, tres de los cuales permanecen custodiando el sepulcro, y los otros cuatro se dispersaron a predicar.

2. La **CARTA DE SAN LEÓN**, con tres versiones. Fue atribuido primero a un obispo de Jerusalén, y después al Papa coetáneo a la *Inventio* León III (795-816). La 1ª es la versión de la abadía de San Marcial de Limoges, fiel a la *Translatio* pero trazando mejor los contornos de la tradición, y mezclándola aún con la de los Siete Varones de la Bética, citando a tres que quedan en la tumba, Torcuato, Tesifonte y Anastasio, (los dos primeros homónimos a la lista de los Siete Varones de la Bética), y otros cuatro que retornan a Jerusalén. La 2ª es una versión más cuidada, atribuida al Papa León III, que elimina los hechos milagrosos y que solo cita a Anastasio como nombre común a la anterior, no perteneciente a lista de los Siete Varones. La 3ª es una redacción erudita de finales del siglo XI o comienzos del XII, que atribuida también a León III, y que reconoce solo dos discípulos, ambos distintos a los Siete Varones: Atanasio y Teodoro.
3. **OTROS RELATOS de la translatio**. Entre ellas la de Glembours y otras medievales del siglo XI y XII, y la de Shaschek, secretario de León Rosmihal, noble de Bohemia, que viajó por España entre 1465 y 1467 y se estableció en Compostela. Son nuevas adaptaciones de la *Translatio* con modificaciones irrelevantes.

La existencia de varias versiones de la Carta de San León, de autoría oscura, aportan confusión y parece un intento manipulador de dar a la tradición una certificación del primado de la Iglesia. Esta manipulación es solo aparente, pues son sucesivas adaptaciones de la *Translatio*, que no modifican en su esencia el relato, y que expresan sobretudo el deseo de convertir la tradición popular oral, en una tradición escrita culta. Más que una voluntad manipuladora, hay más bien la convicción de que la tradición encuentra argumentos que parecen confirmarla. La leyenda de la *Translatio*, como prueba inequívoca de su arraigo popular, es posterior al fenómeno de la peregrinación, y la actitud de la Iglesia consiste en darla apariencia formal. La *Translatio*, aún su carácter póstumo a la medida de lo que se quiere autenticar, es un documento que recoge la esencia de la tradición oral, mezclando elementos de la evangelización del Finisterre de mano de un Apóstol en persona, y la iniciada en la Bética por los Siete Varones Apostólicos. Las sucesivas versiones de la Carta del Papa León, no modifican el plan general pero sí introducen dos diferencias básicas: la desmitificación del traslado y la desvinculación con la Tradición de los Siete Varones Apostólicos. Estas modificaciones no responden a una manipulación, sino a la convicción en el hallazgo del cuerpo de Santiago y su tumba. Se busca una visión lógica del traslado del cuerpo del Apóstol, y sin pretenderlo se llega a la conclusión de que la tradición jacobea es independiente de la de los Siete Varones enviados a la Bética.

Acerca del traslado de los restos del Apóstol Santiago, surgirán **DISTINTAS HIPÓTESIS**.

a. **Traslado desde Jerusalén en el siglo VI.**

Pius Bonifacius Gams en 1874, piensa en un traslado durante el siglo VI desde Jerusalén hasta el monasterio de Raithu (hoy El Tur) sobre la costa del Mar Rojo, al sudoeste del Monte Sinaí, que sirvió de refugio a muchos monjes de Palestina y de Egipto.

H.J.Hüffer en 1964 supone un traslado de Jerusalén al monasterio de Santa Catalina del Sinaí en el siglo VI, y de allí al monasterio de San Menas, cerca de Alejandría. Estas hipótesis son verosímiles para el mencionado Santiago Baradeo o Santiago el Menor o Santiago Alfeo, pero no para Santiago el Mayor.

b. **Traídas por algún visitante de Tierra Santa en el siglo IV.**

F.J.Sánchez Cantón en 1965 sugiere la atractiva hipótesis de que en el siglo IV, de tan íntimas relaciones galaico-orientales, una personalidad que visitase Palestina hubiese traído las reliquias, como la monja aristócrata Egeria, probablemente natural de Galicia, que peregrinó a Tierra Santa del 381 al 384. Pero parece un contrasentido que no lo mencione en el diario en que relata todo su viaje.

c. **Traslado a través de Toledo en el siglo VI.**

En sintonía con las anteriores, se ha propuesto que las reliquias llegadas de Tierra Santa en el siglo VI fueran llevadas al Norte desde Toledo durante la invasión musulmana, pero es poco viable un traslado marítimo en tiempos en que el Mediterráneo es un lago musulmán, para quienes además los lugares santos son también sagrados y una profanación el traslado de

reliquias, y más inverosímil aún un traslado anónimo a Asturias desde Toledo sin que la rivalidad entre ambas no lo notificara de uno u otro modo.

d. **Pseudotraslado en el éxodo cristiano hacia el norte.**

Otra hipótesis aduce que la llegada de los restos a Galicia proceden del éxodo cristiano hacia el norte durante la dominación musulmana. Fray Justo Pérez de Urbel denuncia la coincidencia de dos iglesias a Santa María con una misma relación de reliquias, una en Mérida del siglo VII, de la que se ha encontrado hacia 1950 una lápida conmemorativa con la relación de reliquias (entre ellas al final cita las de un Santiago), y otra en Iria supuestamente con las mismas reliquias, y sugiere incluso que la memoria de un traslado por mar pudo provenir del efectuado desde la diócesis de Mérida a la de Iria, primero bajando el Guadiana (entonces navegable) y después subiendo la costa occidental de la península, lo que pudo hacerse en un viaje de seis días. Pero a pesar de la curiosa coincidencia que responde al éxodo de muchos cristianos hacia el norte con la llegada del Islam, y particularmente de clérigos emeritenses a Galicia, esta hipótesis es muy poco sólida y bastante tendenciosa, por múltiples razones:

-porque no dice de que Santiago se trata, en tiempos de total confusionismo entre los Santiagos.

-porque solo habla de reliquias que nada dicen ni desdicen de la tumba ni del resto del cuerpo.

-porque las transferencias de reliquias son en esa época moneda de cambio.

-porque en Galicia se encuentra ya difundido en esas fechas en múltiples diócesis de Galicia, como titular y no como último reclamo de una lista de reliquias dudosas.

-porque el objetivo básico esta hipótesis, en la que subyace un manifiesto tono despectivo, es demostrar enfáticamente que no tiene base histórica.

Hay argumentos más decisivos que anulan esta hipótesis. En los archivos del Tumbo A de la Catedral hay documentos que atestiguan que la diócesis iriense acoge otras diócesis que se sienten comprometidas por el islam y las proporciona rentas para subsistir, igual que posteriormente se les invita a que retornen a sus respectivas diócesis cuando el peligro ha pasado. Lo más relevante es que la acogida se hace en honor del Apóstol Santiago, y que esto ocurre poco después del 711, es decir más de cien años antes del hallazgo del sepulcro. Esta acogida solo puede entenderse como la del obispo que sabe que la tumba de Santiago debía estar cerca de Iria, y que sabiéndose sucesor del Apóstol Santiago acoge a sus hermanos en su honor. Iria se sabe portadora de la tradición jacobea y opera en honor del Apóstol antes de este supuesto traslado fraudulento. El posterior hallazgo de la tumba unos 120 años después y su estudio arqueológico será la demostración más contundente contra esta hipótesis que todavía algunos quieren desempolvar y que se mantiene vergonzosamente como si fuera vigente en prestigiosos libros de Historia de España.

e. **Traslado inexistente y dispersión de las reliquias.**

Todavía cabe exponer la opinión, más bien anónima en cuanto que no se encuentra encabezada por nadie en particular (algunos autores la mencionan sin molestarse en justificarla) de que el traslado no existió y que las reliquias de Santiago se encuentran difuminadas en pequeñas porciones por relicarios de toda Europa. Pero no existe ninguna relación que pueda acreditar con credibilidad algún resto de Santiago en que se precise su fuente de origen y su forma de obtención. Las únicas reliquias acreditadas, son las donadas desde Compostela, como la cedida en 1138 a San Antón de Pistoia (cerca de Florencia) consistente en la apófisis mastoidea derecha (que falta en los restos de Compostela), y algún otro pequeño fragmento donados también desde Compostela. La donación de la apófisis mastoide de Pistoia, será providencial más tarde para una futura identificación de los restos apostólicos.

Capítulo IX Translatio: Contenido, Interpretaciones y Simbolismo

Veamos el **CONTENIDO DE LA TRANSLATIO**. Cuenta que después de la Ascensión de Jesús, el Apóstol Santiago fue a España, donde conectó con siete discípulos que lo siguieron a su vuelta a Jerusalén. Allí encontró el martirio en el año 44, siendo decapitado por orden de Herodes Agripa, tras mantener duras polémicas teológicas en la Sinagoga judía de Jerusalén, consiguiendo la conversión de algunos y la enemistad mortal de la mayoría. Tras su ejecución, seguidores y discípulos del Apóstol, por temor a que judíos y romanos quisieran evitar que se le rindiera culto, o por temor a que el cuerpo fuera devorado por alimañas, tomaron durante la noche los restos del mártir y los llevaron apresuradamente hacia el puerto de Joppe (Jaffa), donde improvisadamente lo embarcaron en una nave abandonada.

Guiada por la mano de un ángel, o por la providencia divina, o por la influencia de vientos favorables, la nave llevó a sus siete ocupantes y su preciada carga atravesando el Mediterráneo, bordeando las tierras lusitanas y arribando a las costas gallegas en la ciudad de Iria Flavia. Pusieron su cuerpo sobre una roca que enseguida quedó impresionada con la figura del cuerpo santo. Deseosos de dar al Apóstol una tumba digna se presentaron a una matrona galaico-romana llamada Luparia, o reina Lupa, a la que contaron su milagrosa travesía y pidieron que les cediera un lugar digno para enterrarlo. Luparia inicialmente les rechaza y envía al príncipe de Dugio que les apresa; pero un ángel los libera y en la huida, el derrumbe de un puente a su paso, les libró de males mayores. Luparia les cede un carro y les manda capturar para su arrastre a unos bueyes salvajes a un lugar donde había un dragón. Pero ellos se imponen al dragón y amansan a los bueyes, lo que ocurrió en el monte Ilicinio que los discípulos llamarán Pico Sacro. Ante los milagros que ocurren en torno al cuerpo santo, Luparia se convierte y les hace donación del terreno que encuentren más adecuado. Los bueyes conducirán el cuerpo sin que nadie les guíe, hasta un bosque conocido por Libredón, donde encuentran un templo del que se retiraron o destruyeron los ídolos paganos y en el que abrieron una tumba y situaron el cuerpo del Apóstol en un "Arca Marmórea". Los discípulos se retiran a predicar el evangelio, salvo dos, Atanasio y Teodoro, (o tres según versión), que se quedaron junto al sepulcro hasta su muerte. Sin perderse la noticia de la llegada, por la influencia pagana y el tiempo, se olvida el lugar de emplazamiento de la tumba santa, hasta que siglos más tarde tuvo lugar su prodigiosa revelación.

Esta viene a ser una síntesis que aglutina las distintas versiones mencionadas, entre las que realmente no hay diferencias sustanciales, aunque sí las hay de forma, desde la que maneja un latín popular adaptado a una declamación pública, hasta las más posteriores que manejan un latín cuidado y una versión desmitificada. Su objetivo común era la justificación a posteriori del descubrimiento de las reliquias a las que se busca dar una autenticación de crédito.

Un aspecto de interés son las **INTERPRETACIONES COMPARATIVAS DE LA LOCALIZACIÓN DE LA TUMBA**. Los catálogos sitúan la tumba de Santiago "*in achaia Marmarica*", es decir, en un lugar de Marmárica, y la Translatio, que la sitúan "*sub arcis marmoricis*", es decir bajo las arcas de mármol. Parece una ardid que con un leve trueque semántico, pretende reforzar la versión que más interesa a los partidarios de la Translatio. Cabe pensar que los copistas de los catálogos toman el dato de una fuente anterior perdida, y reproducen el término sin conocer el sentido, identificándolo como un topónimo que interpretan por otro que ellos conocen. La denominación del lugar de la tumba de Santiago, según documentos locales de los siglos IX al XI, era Arcis Marmoricis, escrito a veces como Marmaricis y otras solo como Arcis. Para quienes asumen que Arcis Marmoricis es un nombre anterior a los catálogos, por las arcas de mármol que allí existieron, ese es sin duda el lugar de sepultura del Apóstol. No puede descartarse que el nombre sea posterior y por tanto tomado de los catálogos, perdiéndose así la certidumbre de la situación de la tumba.

El éxito de Compostela y del culto a Santiago no es una supuesta argucia semántica, sino la fuerza de una creencia popular que se reaviva con el descubrimiento de la tumba, con sus antecedentes verosímiles y con su argumentación lógica a la razón y a la querencia. Si las otras localizaciones propuestas para la tumba de Santiago, se ajustan a otros Santiagos, y si no existen otras coartadas ni otros argumentos sólidos que invaliden la Tradición Jacobea, cabe aceptarla como verosímil por exclusión de argumentos contrarios y convergencia de pruebas favorables.

Una interpretación reciente de gran aceptación es la de Isidoro Millán González-Pardo, que propone que la confusión pudo consistir en reproducir como "*in arce marmárica*" una denominación que originalmente pudo ser "*in arcem ammaeica*". Esta última expresión se traduce como "en el límite de Amaia", que vienen a definir una localización territorial precisa (la de Compostela), que es lo que el texto original debió pretender, y no una propuesta ambigua y equívoca, susceptible de confusión y de interpretaciones arbitrarias.

Las versiones más populares de la Translatio son ricas en **ELEMENTOS SIMBÓLICOS** mitológicos y bíblicos. Es lógico porque su origen y su destino son populares, es decir, parte de una tradición oral que busca enriquecerse contándola como un cuento fabuloso dirigido al pueblo para mostrar que lo que se narra es un hecho extraordinario. Por esto su forma literaria es sencilla, probablemente adaptada a su declamación al modo de los juglares, buscando adornar sus narraciones con una teatralidad que les deje algún beneficio. Las primeras versiones de la Translatio y de otras leyendas que se labran en el Camino de Santiago, tienen este principio. Las muchas lagunas van a completarse con elementos simbólicos que permitan un desarrollo argumental fabuloso que conecte los elementos conocidos. Nada mejor que recurrir a los elementos mitológicos al modo de las narraciones bíblicas. La mano de Dios, o de un ángel protector, o de una estrella guiadora, o de unos vientos favorables, son una forma alegórica de indicar que el traslado buscaba unas circunstancias favorables allí donde podían darse, y que se hizo siguiendo no una ruta desconocida o al azar, sino un rumbo concreto que optimizaba el éxito. Los siete días de travesía, (coincidente con el número de discípulos) se citan sin énfasis, es decir, no se acentúa con una intención de brevedad, sino que usa por su valor simbólico, tan común en las Sagradas Escrituras. El episodio del amansamiento de los bueyes y del vencimiento del dragón son simbolismos de los obstáculos que debieron salvar en su busca de una sepultura para el Apóstol. La liberación por el ángel aparece también en la liberación de San Pedro que precisamente fue apresado a continuación de Santiago. El hundimiento del puente ante sus perseguidores es un exponente de la protección divina, al más puro estilo bíblico de la travesía del mar Rojo. La propia travesía por el Mediterráneo y la conducción espontánea de los bueyes son elementos de designio divino.

Capítulo X Compostela

En poco tiempo Libredón se convierte en la villa de **COMPOSTELA**. El nombre es también motivo de especulación. Surge una leyenda que mistifica aún más la tradición jacobea, según la cual los fenómenos luminarios que observó el monje Pelayo, los vecinos de Solovio y el mismo Teodomiro, fue una catarata de estrellas caída desde la **VIA LÁCTEA**, que pasó a llamarse Camino de Santiago, lo que da a la tradición una dimensión cósmica. Así se interpreta que "*Campus stellae*" es el Campo de la Estrella; otras explicaciones aluden a su condición de necrópolis. Aquí hubo un castro celta que luego fue asentamiento romano y suevo, como demuestran excavaciones arqueológicas y el encuentro de una necrópolis hispanocristiana, una vía pública, un ara a Júpiter, muros y termas, cerámicas de los siglos I y II, monedas de los siglos III y IV, además del edículo con su cripta, del siglo I, donde se hallaron los restos que fueron identificados como los de Santiago y dos de sus discípulos.

El valor emblemático de Compostela y la Vía Láctea cobran su máxima valía en los relatos legendarios de la venida de **CARLOMAGNO** a Galicia basados en un hecho histórico tergiversado, la expedición sobre Zaragoza con su trágico final en Roncesvalles (778), recogidos en la *Historia Karoli Magni et Rotolandi*, insertada en el Códice Calixtino. Cuenta la aparición del Apóstol a Carlomagno para señalarle la Vía Láctea como camino a seguir hasta su sepulcro y que había de librar de sarracenos para que pudieran ser veneradas sus reliquias, a lo que Carlomagno responde con una expedición heroica a Compostela que le valdrá la salvación de su alma. Es un claro falseamiento de la historia que busca involucrar al que era considerado primer defensor del cristianismo frente al Islam. Pero Carlomagno solo hizo una expedición en España, la de Zaragoza, de tan infausto desenlace, mitificado en *La Chanson de Roland*. Carlomagno buscaba solo reforzar la Marca Hispánica como colchón de seguridad ante los musulmanes. Su vinculación con Compostela es un imposible, pues Carlomagno muere en el 814 cuando la sede irriense es aun regida por Quendulfo II. La tesis tradicional intentó fijar la fecha del descubrimiento de la tumba en el año 813 dando crédito a creencias populares contrarias a la realidad histórica. Hoy se sitúa el hallazgo de la tumba por Teodomiro en la década 820-830, y se da como más probable el año 829.

Algunos autores magnifican la influencia de la leyenda de la Vía Láctea, la "intervención" de Carlomagno y la memoria de Roncesvalles, considerándolas decisivas en la difusión de la tradición jacobea, pero son de nuevo ganas de confundir los términos, pues es Compostela la que surge del prestigio de Santiago, y no al revés. En cuanto a Roncesvalles, su verdadero peso histórico fue ser paso ventajoso: por el pasaron los bárbaros en su invasión hispana, los musulmanes hacia Francia en su afán invasor, los ejércitos carolingios en su expedición a Zaragoza y en su desafortunado retorno, y por el pasan los peregrinos extrapeninsulares en su peregrinación a Compostela.

¿Iba a permitir el alto protector de la hispanidad y de la cristiandad, el milagroso guerrero de Clavijo, que Compostela fuera saqueada y destruida?. El caudillo andalusí **ALMANZOR**, además de Barcelona (985), Coimbra (987), León y Zamora (988), y Burgos (1000), destruyó Santiago de Compostela en el 997. Galicia estaba largo tiempo libre de la dominación árabe, incluida en el Reino Astur-Leonés. Fue el prestigio de Santiago, considerado como una Meca Cristiana, lo que llevó a Almanzor a dirigir una expedición contra Compostela, aunque el detonante fuera la negativa del rey leonés Bermudo II a satisfacer el tributo al califato. La expedición tenía como destino Compostela desde su salida de Córdoba, llamada por los cronistas árabes la expedición de Shant Yaquib. A ella se unieron condes cristianos españoles y lusitanos que reconocían la autoridad de Almanzor. Arrasa Iria, y llega a Compostela, que encuentra deshabitada. Se expoliaron sus riquezas, se derribaron las construcciones, las murallas, las iglesias, los palacios, y la basílica sepulcral. Según crónicas musulmanas, Almanzor colocó guardias para proteger el edículo sepulcral de la profanación. Según estas crónicas, Almanzor solo encontró un viejo monje custodiándola, dando orden de que le dejaran en paz. En su retorno a Córdoba con un rico motín, destruye el santuario de San Millán de la Cogolla (de quien también se proclamaba su intervención antimusulmana), arrasa algunas comarcas y poblados y toma Burgos.

Ante la inminente destrucción, los habitantes de Compostela huyeron de la ciudad refugiándose en algún paraje no muy lejano, posiblemente llevando consigo los restos del Apóstol, debidamente protegidos bajo los auspicios de San Pedro de Mezonzo, abad de Antealtares. Aunque tanto las crónicas cristianas como árabes coinciden en reconocer la actitud de respeto de Almanzor por la tumba, hay evidencias arqueológicas de que también el edículo sepulcral fue víctima del incendio, pero no profanó el sepulcro según registran tanto las crónicas cristianas como musulmanas, y la coincidencia de ambas crónicas habitualmente discrepantes en sus valoraciones llevan a Sanchez Albornoz a aceptar como verídico la permanencia en el mismo de algún monje que optó por velar la tumba santa y que fue respetado por su gesto.

El desaliento más abrumador debió embargar el espíritu de la España del Norte después dos siglos de lucha por la independencia y la reconstrucción de una actividad agraria, ganadera y sociocultural, que el tirano de Córdoba convertía en ruinas y cenizas. El papel protector de Santiago quedó destruido. Si todo hubiera sido solo mero montaje, Almanzor hubiera acabado con él como acabó con la ciudad sin dejar piedra sobre piedra. Pero allí había un impulso que superaba derrotas y ruinas, y esta fuerza no era ni una fiebre de reconquista ni un fanatismo religioso. La reconquista se inició mucho antes y se acabó mucho después, y el culto a Santiago se había iniciado también mucho antes y perdura a través de los siglos. Lo que el caudillo andalusí respetó no fue ni el supuesto prestigio matamoros y reconquistador del guerrero de Clavijo, ni el afán protector del patrono de la cristiandad hispánica, sino la memoria de la tradición jacobea, el prestigio apostólico, cuya fuerza nunca estuvo basada en intrigas ni en campañas de promoción, como tampoco se vino abajo ante contrariedades ni desastres.

La **RECONSTRUCCIÓN** de un santuario igual al destruido, empieza poco después del saqueo, en el 999, bajo las directrices de San Pedro de Mezonzo, por el propio Bermudo II que muere ese mismo año, como poco después morirá Almanzor y los jacobea gustarán decir, con intención moralizante, que fue por castigo divino. Siguiendo el trazado de la muralla de Sisnando II, el obispo Cresconio construyó la segunda y última muralla de Compostela con siete puertas de acceso, cada una de ellas correspondiente a un itinerario de llegada a Santiago, como expresión de que el desarrollo de Compostela viene del culto a Santiago y de la peregrinación que constituía ya un fenómeno consustancial con la ciudad.

El auge de Compostela viene en los siglos XI y XII, primero con el obispo Diego Peláez y sobretodo con el obispo Gelmírez, con el que Compostela alcanza el grado de arzobispado. Una gran Catedral Románica se inicia en el 1082 albergando en su interior la basílica previa en la que continúan celebrándose las ceremonias religiosas antes de su demolición. Tenemos así el templete mortuorio con los restos del Apóstol, dentro de una basílica y ésta dentro de una Catedral. Ninguna imagen mejor que ésta para expresar la idea de que Compostela surge y se desarrolla sobre la tumba de Santiago. Esta catedral románica es el soporte de la actual catedral compostelana, que alcanza su aspecto barroco actual tras multitud de retoques y añadidos.

Capítulo XI Peregrinación

Compostela nace y crece sobre la tumba del Apóstol y sobre el culto a Santiago, cuya mayor expresión, casi desde el descubrimiento de la tumba hasta nuestros días, es el fenómeno de la **PEREGRINACIÓN**.

A pocos años del descubrimiento de los restos del Apóstol, el primer cronista de la peregrinación, Algacel, asegura que Santiago tenía la mayor iglesia del al-Andalus y que era la Kaaba de los cristianos. Ibn-Haygan de Córdoba (siglo XI), ya escribió que Santiago era tan venerable como la Meca. Son testimonios de gran valor desde el mundo musulmán en que se describe el culto a Santiago como un hecho de alcance, vinculando la peregrinación a Compostela desde sus inicios en el siglo IX.

Detractores de la tradición jacobea dicen que estas peregrinaciones son la cristianización de peregrinaciones celtas hacia el oeste y del culto romano a Júpiter. En el Finisterre prerromano, los celtas rendían culto al Sol, con traslado de gentes hasta este mítico confín de la tierra. Esto fue asimilado por la cultura romana en la figura de Júpiter, con un altar en su honor en la Compostela celtica-romana, encontrado en las excavaciones del subsuelo de la catedral. Este no es argumento de descrédito jacobeo, pues la peregrinación celta desaparece en Europa occidental con la romanización, y el culto a Júpiter no fue un culto peregrinante. En el siglo IX, en que comienza el fenómeno de la peregrinación jacobea, de estos vestigios ya no queda indicio alguno sino son los puramente arqueológicos, y no es serio considerarlos como causa histórica predecesora. Incluso aunque esta conexión hubiera existido, la historia es una sucesión continua de culturas sin que se desmientan entre sí.

El espíritu de la peregrinación está ya en el descubrimiento de la tumba por Teodomiro que se desplaza hasta el lugar, y en la comitiva del rey Alfonso II el Casto. A partir de aquí muchos son los elementos que influyen en la difusión, y unos u otros pondrán su énfasis en el que consideran más relevante.

Los primeros documentos asturianos que aluden a la tumba del Apóstol y a su localización, son donaciones del Afonso III al templo que él mismo ha renovado, y su consagración en el 899. Después y con un valor más difusor está la carta de Alfonso III al clero y pueblo de Tours en el 906, que da noticias del sepulcro y de los milagros que atraían a las gentes a su culto.

Algunos enfatizan que el éxito de Santiago en Compostela brota en julio de 1064 tras la toma de Coimbra por Fernando I de Castilla, acompañado por el infante Sancho (II) y por el Cid, con la ayuda del Apóstol a quien dedicaron una peregrinación a Compostela, dando gracias antes y después de la victoria a su santo patrono. Pero ya este rey había hecho otras conquistas a los musulmanes: Lamego (1057), Viseo (1058), San Esteban de Gormaz y Berlanga (1060). La toma de Coimbra y el agradecimiento al santo no es sino un impulso más de algo que está ya firmemente consolidado como lugar de culto y peregrinación.

Otro argumento que se acentúa como razón que catapultó a Santiago, es que su aparición viene a constituir una buena alternativa a Tierra Santa, bajo el yugo de los turcos en 1055, que pasó a la jurisdicción del sultán de Damasco en 1094. Pero no hay que olvidar que Roma era ya el centro de la cristiandad, donde reposaban los restos de los grandes padres de la Iglesia, San Pedro y San Pablo. Por otra parte, las Cruzadas no supondrán una moderación de las peregrinaciones a Compostela, como cabría pensar, lo que se explica que Jerusalén y Compostela sean los extremos (no opuestos) de un mismo eje cuyo centro es Roma.

Para otros, los máximos artífices del auge de las peregrinaciones a Compostela son los monjes cluniacenses, que promocionan el Camino y aportan destacados prelados a la ciudad que la elevan al grado de arzobispado. Pero el argumento está dado la vuelta, pues es la orden de Cluny la que explota la fuerza de Santiago y su Camino, difundiendo sus monasterios e instituciones para la consecución de los vastos fines políticos de la orden, y que la auténtica trascendencia del Camino superó con creces sus intenciones. Lo mismo puede decirse de otras órdenes hospitalarias (Antonianos, Dominicos...), y Caballerescas (Templarios, Caballeros de Santiago...), que surgen no para promocionar el Camino, sino para ayudar al peregrino de peligros, enfermedades y abusos, pero también buscando el prestigio de la orden y la obtención de intenciones propias.

Más altruistas aparecen en los siglos XI y XII las figuras entre otros de santos como San Lesmes y San Amaro, Santo Domingo de la Calzada y San Juan de Ortega dedicados abnegadamente al cuidado hospitalario de peregrinos y al allanamiento del camino. Multitud de localidades, pasos, lugares difíciles... irán sumando su leyenda particular y sus milagros de acuño popular, a la larga lista de milagros y leyendas del Camino, como un rosario de unidad doctrinal orientado hacia Santiago, salpicado y

mezclado de múltiples elementos paganos que surgen igualmente del conocimiento popular, y en que aparecen animales, alquimia, brujerías, diablos, misterios, milagros, santos, vírgenes, y la figura del Apóstol que en ocasiones aparece en ayuda de algún peregrino que le invoca. Todo viene a traducir que es sobretodo la fuerza de la tradición popular la que levanta el Camino de Santiago, que se hace más por las gentes anónimas que lo transitan que por las órdenes y las instituciones que se apuntan a los beneficios de éxito del prestigio de Santiago de Compostela.

Capítulo XII Redescubrimiento de los restos

Conviene a partir de aquí analizar un sorprendente fenómeno: el **REDESCUBRIMIENTO DE LOS RESTOS DE SANTIAGO**. En 1589 la expedición del almirante inglés Drake contra La Coruña, en la que María Pita lució su heroico coraje, supuso una verdadera amenaza para Compostela que incitó el auxilio de Felipe II. Las tropas inglesas desembarcadas profanaron las iglesias y avanzaron sobre Compostela con intenciones hostiles, llegándose a temer por la seguridad del cuerpo del Apóstol ante la condena al culto a las reliquias del luteranismo. Es en esta ocasión cuando el arzobispo Don Juan de San Clemente decidió ocultar las reliquias de Santiago, sacándolas de la cripta y poniéndolas en un lugar seguro. Los huesos de Santiago dejaron su lugar habitual hasta entonces y pasaron a un sitio secreto, solo conocido por unos pocos. En este "extravío" influye el desarrollo arquitectónico de la catedral que continúa añadiendo elementos y nuevos estilos. En 1625, ante la inquietud popular del lugar de localización exacta, llega a decirse que las reliquias están enterradas y bien escondidas, de manera que nadie pueda llegar a ellas. Tal es el celo con que se guardó este secreto que desaparecieron los pocos que lo sabían sin comunicarlo a otros, de modo que durante tres siglos el lugar de localización de los restos del Apóstol vuelven a quedar ignorados. Esta sorprendente situación desata multitud de dudas y negaciones acerca de la venida del Apóstol y la realidad de su sepulcro, levantándose una neblina que viene a convertir a Santiago en una verdadera incognita.

Hay antecedentes de algo parecido. Ocurrió algo similar con los restos de San Francisco de Asís, que en 1230, cuatro años después de su muerte, es trasladado desde la basílica de San Jorge a la que se consagra a su nombre. Los restos se enterraron con tanto celo en el subsuelo de la iglesia, que su tumba no será formalmente reencontrada hasta 1818. Este hecho finalmente resuelto después de seis siglos, y otros acontecimientos, como la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854, la aparición de la Virgen de Lourdes en 1868, y el proceso de canonización de Juana de Arco y su nombramiento como patrona de Francia en 1870, relegan a España y a Santiago de Compostela en concreto a una situación enigmática en que toda la historia de la ciudad, todo su poder aglutinante y unitario, toda la inmensa atracción de su nombre y sus virtudes serán no solo puestos en duda, sino literalmente desacreditados.

Comienzan a surgir hipótesis que desmienten la posibilidad de que Santiago predicara en España y más aún de que sus restos llegaran hasta allí, y por tanto que la tumba, si es que existía, no contenía los restos del Apóstol, o contenían quizá los de otro personaje cuyos antecedentes se hubieran confundido con algunas coincidencias de la Tradición Jacobea. Así surge, entre otras, la hipótesis de que los restos que descansan en Compostela son los de un tal Prisciliano. Este estado de cosas motivará, por parte del cardenal Payá, la decisión de iniciar las excavaciones del subsuelo de la catedral, que se autoriza a finales de 1878 y se realiza en enero de 1879. Después de excavar inútilmente en cinco lugares, se excava bajo el altar mayor, en donde se encontró el edículo del siglo I en piedra de granito, pero vacío de reliquias. Se cava entonces detrás del altar, en el fondo del ábside, en lo que fue después de 1532 la sacristía de los cardenales, encontrándose el empedrado medieval, en el que había sido abierto un nicho sobre la roca y tapado con una losa, que al abrirse descubre un osario del que se reconstruyen los esqueletos muy antiguos pertenecientes a tres hombres; dos de ellos con una edad próxima a unos dos tercios de una vida media, y otro que rebasaba ampliamente ese límite, con evidencias de que se había procedido a un traslado apresurado desde el edículo vacío hasta este lugar. Se realizó un análisis técnico cuya conclusión es que estos eran los restos enterrados en el edículo en el siglo I, trasladados precipitadamente a este lugar para su protección, y se asume que son los restos del Apóstol y sus discípulos. Así lo comunica el cardenal arzobispo de Compostela al primado de Roma León XIII.

El Papa obra con prudencia y abre un proceso que revisa todo el estudio hecho en Compostela y se hace un estudio comparativo con la reliquia de San Antón de Pistoia, que permite confirmar con absoluta

certeza que los restos encontrados son en efecto los enterrados en la tumba de Compostela en el siglo I y venerados desde su descubrimiento en el siglo IX. Solo tras esta certificación de la identidad de los restos el Papa León XIII lo comunica a la Cristiandad en la Bula *Deus Omnipotens*.

Pero la duda está ya fuertemente sembrada y hasta resulta atractivo atacar la Tradición Jacobea desde propuestas de historiadores que etiquetarán la presencia de Santiago en España como un fenómeno no histórico, a pesar de que lo único que se puede decir es que la historia carece de argumentos documentales, y ante lo que se interpreta es que Santiago es una farsa.

La Historia viene a convertirse en una justificación supuestamente científica para descalificar la tradición y para construir vistosas hipótesis que, carentes también de fundamento histórico, parecen cobrar más crédito que la ingenua versión popular y tradicional, y aporta sobretodo crédito literario y académico a sus promotores, y a veces rentabilidad editorial. La Historia es necesaria, pero sin olvidar que ni la Historia ni la Ciencia lo explican todo.

Todavía aparecen más elementos que atizan el fuego, al proponer supuestas manipulaciones fraudulentas sobre el *Ara de San Paio*, considerada como ara del oratorio del sepulcro de Santiago y que antes fuera el *Título* o dedicatoria del mausoleo precristiano original. El Ara está actualmente en el Museo del Monasterio de San Paio de Antealtares y tiene una inscripción latina que sustituye a la inscripción precristiana. El arzobispo San Clemente la mandó raer en 1601 porque su carácter pagano la hacía impropia para el culto. Pero antes de raerla, Ambrosio de Morales hace una copia de dicha inscripción pagana. Algunos autores suponen que la cara posterior de esa losa llevaba la dedicatoria del santo o del titular de la tumba. Asume que ambas caras fueron borradas para ocultar la identidad del ocupante de la tumba. Se trata pues de un ataque en firme a la titularidad del sepulcro. ¿Si esta cara posterior de la losa llevara la dedicatoria del santo, porqué fue suprimida?. Se levanta este interrogante acusador, sin analizar las posibles respuestas, pero sí deduciendo que se encubría la identidad del verdadero ocupante de la Tumba Compostelana.

Hay una razón que vacía esta hipótesis acusadora de toda consistencia: ¿si la losa es descubierta por Teodomiro hacia el 829, se iba a esperar hasta 1601, casi ocho siglos, para borrar esta supuesta prueba delatora?. Si el dorso de la losa contenía un nombre distinto al de Santiago, como muestra inequívoca que los restos no pertenecían al Apóstol, y si toda la Tradición Jacobea estuviera montada en un complot para encumbrar a Santiago en Compostela, como algunos quieren ver, sería un contrasentido inexplicable que dicha losa permaneciera con su contenido chivato durante todo este tiempo hasta que finalmente se decidió "corregirla". Sobre el supuesto pulido de la cara posterior del ara pudo hacerse simplemente para dejarla liberada a su nuevo uso sagrado, y que si no se copió, como se hizo con el anverso, es porque estuviera vacía y se buscara limpiarla de algún desperfecto, o tuviera alguna otra inscripción pagana ininteligible. ¿Por qué copiar un lado y no el otro?. La respuesta seguramente es simple: porque no había nada de valor que copiar. Cuando no se puede saber con precisión algo, no es ético ni legítimo insinuar un planteamiento difamatorio, y menos aún si existen razones para pensar que las cosas pudieron muy bien ser de otra manera. Creo que esta hipótesis es articulada con un objetivo fundamental: buscar un argumento de impacto que permita adjudicar la tumba de Compostela a otro ocupante, y concretamente Prisciliano.

Capítulo XIII Prisciliano

Esta hipótesis que propone que los restos de la Tumba de Compostela no son los del Apóstol Santiago sino los de **PRISCILIANO** y dos de sus seguidores, merece mención especial. La hipótesis es antigua, pero surge formalmente en la época en que se acometen las excavaciones del subsuelo de la catedral, es decir, últimos años del siglo XIX. Es esgrimida por algunos historiadores y hagiógrafos, alcanzando cierto éxito y difusión, debido más al terreno abonado por las circunstancias mencionadas que a sus aportaciones y argumentos.

La hipótesis de Prisciliano en Compostela es totalmente gratuita, hoy demostrada inviable y falsa, pero que algunos autores les gusta recrear. Ya otros se habían expresado en contra de la veracidad en la titularidad apostólica del sepulcro compostelano. Ahora se trata de atribuirle un nuevo destinatario.

Las últimos empeños surgen impregnadas de nacionalismo galego convirtiendo a Prisciliano en prototipo del panteón celta y del espíritu más genuino del alma gallega. Contradictoria propuesta en una época en que Galicia no era más celta que el resto de la península ibérica, en que una época que no existe lo gallego como hoy se entiende, ni como espíritu ni como acervo cultural ni como idioma. Prisciliano, designado obispo de Ávila, hablaba y se expresaba en latín, y no se puede asegurar su origen geográfico. Si la tesis priscilianista es en su origen insostenible, enfundada de este planteamiento nacionalista resulta irrisoria.

Los orígenes de Prisciliano son desconocidos. Se le suele considerar español, pero algunas fuentes sitúan su origen en Menfis, Egipto. La fecha de nacimiento es tan imprecisa que se sitúa entre el 300 y el 345. Hay predominancia en aceptar que su origen está en Galicia, pero hay que precisar que Galicia en esa época incluía la Galicia actual, Asturias, parte de León y norte de Portugal. Es decir, Prisciliano podría haber sido considerado tanto como gallego, también portugués, asturiano o leonés, además de egipcio o norteafricano. Es una precisión importante, porque la tesis priscilianista argumenta su origen de nacimiento como justificación de que sus restos fueran traídos a Galicia después de su ajusticiamiento en Tréveris, y en base a este dato impreciso, recrea una supuesta "*translatio*" de los restos de Prisciliano y sus seguidores desde la ciudad alemana de Tréveris (Trier), siguiendo el curso del río Mosela y del Rin hasta el mar del norte, para descender por el paso de Calais y el canal de la Mancha hasta llegar a la ría de Arosa y remontar el río Ulla precisamente hasta Padrón. Lo que a Santiago se le niega a Prisciliano se le regala.

Prisciliano lleva su doctrina por España, Lusitania, sur de Galia, Italia y norte de África, y a su muerte el priscilianismo se hace especialmente fuerte en Galicia en donde se le considera un mártir y se le rinde culto. Pero nada puede saberse del lugar donde se trajeron sus restos, que pudo ser en distintos puntos de la península e incluso en África del norte, que era en esa época refugio de herejes.

El Priscilianismo es una doctrina gnóstica y maniquea que proclama el ascetismo, la pobreza, la castidad y la abstinencia, pero con el contrasentido que muchos adeptos eran mujeres con las que es fama que mantenían los priscilianistas relaciones no del todo platónicas ni edificantes. Sulpicio Severo, historiador eclesiástico contemporáneo a Prisciliano, nos lo pinta como un noble rico, inquieto, culto, atractivo y persuasivo, de gran formación y virtud, pero con el decantado defecto de la vanidad, hinchada con el falso y profano arte de la magia. Su doctrina extravagante e iluminada, con sus antecedentes de mago y su aceptación de mujeres en la vida ascética colectiva, le valieron la condena en el concilio de Zaragoza (380), pero Prisciliano se hace fuerte y se hace nombrar obispo de Ávila con ayuda de sus seguidores influyentes y adinerados, decididos a aprovechar todas las circunstancias en beneficio de sus fines sectarios, logrando para Prisciliano una posición fuerte, e incluso la persecución de sus detractores. Impulsado por su soberbia y sus éxitos, su actitud fue provocativa y polemizante, lo que terminará por llevarle a una situación desfavorable. Es acusado ante la sede de Burdeos de hereje, de magia, y de atentar contra las costumbres por la presencia de mujeres en el grupo, pero Prisciliano, para su mal, recusa la autoridad de Burdeos y apela al poder civil del emperador con sede en Tréveris, donde, desoyendo las peticiones de San Martín de Tours y de Ambrosio de Milán, el Emperador de Occidente Máximo condena a la decapitación a Prisciliano y varios de los seguidores que le acompañaban en su reclamación.

Las opiniones sobre el final de Prisciliano se agrupa en dos posiciones, los que piensan que fue víctima de su hostilidad con su detractor Idacio, y los que opinan que fue víctima de su condición de mago, rigurosamente penado por la ley romana como delito civil. La historia de Prisciliano parece más bien la de una ambiciosa revolución ideológica que crea discrepancias muy encontradas entre seguidores y detractores en una desenfundada escalada, y su final, un tanto injusto y desproporcionado, más que un martirio parece el desafortunado desenlace de quien desde la soberbia y el exceso de confianza en su fuerza tiente la suerte demasiado.

Se ha mencionado la prueba del Carbono 14 como prueba absoluta para datar la edad de los restos óseos y resolver el conflicto de la identidad de los restos compostelanos, pero hay que decir que el valor de esta prueba es solo limitada porque solo nos da la edad cronológica de los restos, pero nunca la identidad de los mismos lo cual sería una información absolutamente insatisfactoria. Sin ser contrario a la realización de la prueba, debe meditarse muy bien su realización, pues su resultado podría ser nada concluyente y sí en cambio podría levantar muchas e innecesarias elucubraciones y hacer más perjuicio que beneficio.

Las posibles opciones de localización de la tumba de Prisciliano son mucho más abiertas que las del Apóstol Santiago, y parece claro que la localización en Compostela es imposible. Primero porque los restos compostelanos son los de tres esqueletos de varones, mientras que Prisciliano y los compañeros fueron siete y de ellos una mujer, trasladados a España sin duda alguna cinco, probablemente todos. Además porque el sepulcro central, atribuido desde siempre al Apóstol fue cubierto con un mosaico de mármol del siglo II, es decir que a la muerte de Prisciliano el sepulcro de Compostela existía ya, y llevaba dos siglo cerrado y adornado con el mencionado mosaico.

En cuanto a la localización de la tumba de Prisciliano se proponen varias. Se ha mencionado la cripta de la iglesia de Santa Eulalia, en Bóveda (cerca de Lugo). También las inmediaciones de Astorga, donde durante mucho tiempo gobernaron obispos partidarios del priscilianismo, y quizás su lugar de nacimiento. Una opción sugerente es la propuesta por Guerra Campos en la comarca de los Celeni, al sur del Ulla y de Iria, un emplazamiento cuya nombre primitivo fue *Os Mártores* (clara insinuación a unos mártires), perteneciente a la parroquia de San Miguel de Valga, donde hay una ermita dedicada a San Mamed, la iglesia de Setecoros, que podría ser una referencia a los siete mártires priscilianistas, y en cuyo interior han aparecido sarcófagos antropoideos tallados en piedra que parecen del siglo IV, y perteneciendo a la antigua diócesis de Aquæ Celenes (Caldas de Reis), vinculada en el siglo V al priscilianismo.

Los defensores de teorías abiertamente antijacobeas, parece ver en torno a Santiago de Compostela una superconfabulación multidisciplinar, un complot suprahistórico, en que las datos documentales favorables a Santiago carecen de rigor o son falsificaciones, la necesidad y la oportunidad de unas reliquias de primer orden será motivo suficiente para que se alineen en un mismo bando monjes, preladados, reyes, políticos, militares, hombres de ciencia, y las actitudes y documentos de gentes de distintos momentos históricos, son o interesados, o falsos, o equivocados, o manipulados. Sin embargo se crean otras hipótesis, como la de Prisciliano, con unos argumentos más fantásticos que los de la Tradición Jacobea.

Capítulo XIV Conclusión

Como **CONCLUSIÓN**, encuentro que la Tradición Jacobea no es solo verosímil desde todos los puntos de vista que he podido analizar, sino que además es la más admisible, en cuanto no existen otras teorías ni propuestas de mayor certidumbre. Si no hay ninguna prueba ni coartada que desmienta ni contradiga la tradición de la predicación de Santiago en España y del traslado y hallazgo de sus restos en Galicia, y por el contrario aparecen testimonios y documentos de crédito que confluyen en beneficio de esta tradición, y el contexto histórico la hace compatible y verosímil, encuentro que lo más objetivo es dar crédito a la tradición; y más aún si consideramos el gran nexo de unión que Compostela ha supuesto en la historia de España y de Europa, reconocido recientemente al declararse el Camino de Santiago como "Primer Itinerario Cultural Europeo" por el Consejo de Europa, y "Patrimonio de la Humanidad" por la Unesco.

Difícilmente se llegará a una comprobación histórica de la Tradición Jacobea, igual que será difícil una demostración definitiva de su falsedad. Aunque mi hipótesis es positiva hacia la verosimilitud de que los restos del sepulcro sean los del Apóstol, a estas alturas poco importa especular con que lo sean o no. Las herramientas históricas y científicas no son suficientes para estudiar el fenómeno compostelano. La verdad de Compostela y su verdadero milagro es la formidable confluencia de voluntades dirigidas hacia Santiago, quizás como expresión de que más importante que su cuerpo lo que está en Compostela es la voluntad del Apóstol, y de que la comprensión de Compostela y de su contenido requiere los ojos del espíritu, de la fe, de la intuición, de la fantasía, del ingenio, de la deducción, de la poesía, de la capacidad de asombro, del mensaje de las piedras. . . El Apóstol Santiago tuvo que ser un predicador humilde, sin grandilocuencia ni erudición, solo dando testimonio de Cristo. Eso es lo que hay en Compostela, un testimonio y una referencia para la Cristiandad. Quienes solo den valor al crédito de los documentos, a la erudición científica, a la precisión de los nombres y de las fechas, al tecnicismo, nunca llegará de verdad a comprender y disfrutar Compostela y su Camino.

Alberto Solana (Peregrino a Santiago de Compostela). albertosolana@telefonica.net